

BOLSILIBROS BRUGUERA

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

AQUEL QUE DOMINO EL MUNDO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

59—El vuelo del águila. — *Lou Carrigan.*

60—Asustados como conejos. — *Ralph Barby.*

61—El ídolo que vive. — *Curtis Garland.*

62— El aliento del kiai. — *Lou Carrigan.*

63—La orquídea escarlata. — *Clark Carrados.*

CURTIS GARLAND

AQUEL QUE DOMINO EL MUNDO

Colección ¡KIAI! n.° 64
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 1.249 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

Capítulo Primero
MUERTE EN UN PARAISO

La Muerte apareció de forma imprevista.

Hasta entonces, todo allí había sido apacible, realmente apacible, como correspondía a un lugar de reposo y de quietud, donde las personas fatigadas por el duro *stress* de la vida moderna, del ritmo enloquecedor del mundo actual, trataban de hallar un remanso de calma y de olvido de sus tensiones emocionales de cada día.

No, nadie realmente hubiese esperado que la Muerte, súbita y violenta, pudiera hacer su acto de presencia allí. Y menos que nadie, la persona que fue alcanzada por su descarnada garra, del modo más súbito e imprevisible que se pudiera imaginar cualquier persona, incluido el propio interesado.

Esa persona era el financiero Richard W. Shavelson.

El nombre de Richard W. Shavelson era famoso en el mundo de las grandes finanzas. Sus millones de dólares se contaban por centenares. Sus empresas, por docenas. Era un auténtico magnate. Un poderoso *ty-coon* de la empresa americana. Había ido al Paraíso en busca de paz. Y encontró La Muerte. Porque ése era el nombre del balneario: *El Paraíso.*

Un lugar tranquilo, apacible, alejado de toda clase de problemas. El sitio ideal para los millonarios, para los magnates sometidos a constante presión nerviosa, a duras pruebas psíquicas. En aquel sitio rodeado de bosques, de campiña sin ruidos ni circulación, en el edificio relativamente pequeño, dotado de todas las comodidades, sin servicio de bebidas alcohólicas, donde las personas recluidas voluntariamente por un tiempo, podían vivir una existencia sana, de reposo y desintoxicación.

Era lo que Richard W. Shavelson había ido a buscar. Y lo que había encontrado. Antes de ello, naturalmente, tuvo que firmar los numerosos papeles y documentos que su ausencia por un tiempo de los negocios y obligaciones financieras exigía. Y, sobre todo, lo relativo a la concesión de aquellos fondos tan importantes, que serían base y pilar de la *Fundación Shavelson.*

La *Fundación* era, ahora, su único aliciente, su gran sueño. Puesto que había logrado reunir tantos millones, era lógico que la

ambición no hiciera ya presa en él. Por el contrario, deseaba hacer algo en bien de los demás.

Y lo había hecho.

Ese bien, era la *Fundación*. Una institución benéfica que, con su fortuna personal, daría oportunidades a artistas, investigadores y científicos. El afán de toda su vida.

No se cansaba de hablar de ello. Pero en *El Paraíso* había poca gente que se molestara en escucharle. Casi todo el mundo buscaba allí la calma, el silencio y la paz interior. Se charlaba de cosas triviales, intranscendentes, y nada más.

Por eso a Richard W, Shavelson le había caído bien Nat Ingram. No había sido nunca racista, ciertamente. Pero tampoco había dado demasiada charla a los negros.

Sin embargo, Nat Ingram era negro. Un negro todavía muy joven, y sin embargo, seriamente enfermo. Pero le había tocado un premio fuerte en las apuestas ilegales, y quería disfrutar de él a su modo. Se alojaba en *El Paraíso,* y llevaba allí unos meses, tan feliz. En realidad, era el hombre con quien Shavelson había hecho amistad.

No había nada en común entre ellos. Absolutamente nada. Mientras el millonario era un hombre maduro y opulento, Nat Ingram había vivido siempre una existencia difícil y miserable, en los bajos fondos de San Francisco. De esa vida agitada y peligrosa, tuvo coma consecuencia su actual enfermedad seria. Pero no se arrepentía de nada. Era joven *y* enfermizo, quizá con poca vida por delante. Sin embargo, no parecía preocuparle en absoluto. Sonreía siempre, era amable con todos. Y parecía darse cuenta de que Shavelson necesitaba un amigo allí. Y en todas partes, porque según decía el joven negro, «los millonarios nunca tienen verdaderos amigos. Estos lo son solamente de sus millones, no de sus personas».

Sí, tal vez tuviera razón *el* joven negro, pensó el magnate. Fuese corno fuese, se sintió particularmente inclinado hacia él. Quizá por ello, en aquellos momentos, en la calma casi monástica del jardín, junto a una de las rumorosas fuentes brotaban limpiamente entre los setos y la arbolada frondosa, estaba relatándole a Nat Ingram sus tribulaciones íntimas:

—...Y entonces envié al diablo a mi mujer y a mi socio, y decidí venirme a un lugar donde pudiese olvidarme de todo *y* vivir feliz por un tiempo. Alguien me mostró un folleto de ocle lugar, y aquí estoy.

—Eligió bien, señor Shavelson —afirmó el negro suavemente—. Este es un sitio ideal para sentirse distinto. Usted deja así de pensar en sus millones y en sus quebraderos de cabeza, Yo, en mi muerte.

— ¿Muerte? —Shavelson se sobresaltó, mirando a su amable interlocutor—. ¡Cielos, que horrible palabra...! ¿Por qué dice eso?

—Es la verdad, señor Shavelson —sonrió Nat Ingram, sin

dramatismos—, No tengo salvación. Estoy condenado a morir. No se sabe cuán largo será el plazo, pero 110 hay remedio para mi mal. No, no me compadezca ni me dé ánimos, por favor, No lo necesito, se lo aseguro. Estoy perfectamente adaptado a la idea. Incluso me resulta ya familiar la certeza de dejar pronto todo esto que me rodea. Lo haré sin amargura v sin desesperación, esté seguro de ello.

— ¿Le... le han visto médicos especialistas, no cabe la posibilidad de un error en el diagnóstico?

—No, nada de ello —sonrió más ampliamente el joven negro—. Le repito que no debe preocuparse por mí. Agradezco su interés, pero el diagnóstico no admite dudas.

—Aun así, puedo darle una tarjeta mía. Vaya al *Centro Médico de...*

—No, por favor. Nada de eso. Estuve ya en uno v me hicieron todas las pruebas posibles. De todos modos, le quedo muy reconocido por su afán en ayudarme. Créame, señor Shavelson, si yo soy aquí su amigo, no es por ningún interés personal. Sólo deseo tener una amistad sincera.

—Y la tiene, Nat —suspiró el magnate, apoyando su mano en el hombro del joven negro condenado a morir—, Créame, me gustaría que cuando ocurriese... yo llegara a saberlo. Es una cosa horrible hablar de ello, pero creo que podría, al menos... darle un funeral digno. Como un recuerdo de amigo, a otro amigo.

—Lo sabrá —sonrió dulcemente Ingram—. Se lo prometo. Y entiendo lo que quiere decir. Es hermoso saber que, cuando ya no esté en el mundo, este miserable negro que fue toda su vida un truhán y un pillo de los bajos fondos, tendrá a alguien que le recuerda con cierto afecto.

—Sí, Nat, lo tendrá usted, palabra de Richard W. Shavelson —prometió solemnemente el millonario—. Como también le prometo algo más: mi flamante *Fundación,* la que se va a crear ahora con el dinero que he aportado antes de venir aquí, y que presidirá mi socio, Goldberger, bajo el control de mi esposa y de mis financieros, va a tener una beca determinada. La llamaré, en homenaje a mi buen amigo de *El Paraíso,* la *Beca Nat Ingram.*

— ¿De verdad hará eso? —murmuró con un brillo emocionado Nat Ingram, mirando a su nuevo amigo.

—Tiene mi palabra —sonrió el magnate. Extrajo de su bolsillo un pequeño bloc de notas, escribió rápidamente en una hoja y lo firmó, mostrándolo a Nat—. Vea: éste es el texto del telegrama que dirigiré por teléfono hoy mismo a mi socio, para que instituya ese premio.

—Es... es emocionante. Increíble... —farfulló el joven negro, asombrado—. ¡Una beca importante, con el nombre de un oscuro

rufián como yo!

—Olvide eso. Usted es ahora solamente Nat Ingram, mi amigo. Su vida, su pasado, no cuentan. En absoluto, amigo mío. Ahora, somos nosotros. Dos personas que buscan su paz interior y una vida tranquila. Fuera de estos jardines, de esa verja exterior, el mundo es algo que nos es hostil, en diferente manera.

—Usted parece muy ilusionado con su *Fundación,* Shavelson.

—Lo estoy. Creo que será algo grande. Al menos, habré devuelto a la gente parte de lo que ellos me han dado. Espero que eso me haga sentirme mejor.

—Deberá tener cuidado con los que administran esa obra suya. No todo el mundo es igualmente generoso ni honesto.

—Mi socio tiene toda mi confianza. Y también mi esposa, a pesar de todos sus numerosos defectos y de que no seamos demasiado felices en nuestro matrimonio.

— ¿No hay hijos?

—No, no hay hijos. Tal vez adoptemos este año uno. Quisiera dejar otro Shavelson en el mundo cuando yo me ausente, Nat…

La charla prosiguió en esos términos entre ambos hombres. A sus oídos, solamente llegaba el suave rumor del chorro de la fuente cercana. Más allá de los setos v los árboles, la valla metálica delimitaba los terrenos del balneario. Un camión comercial, una furgoneta pintada de verde, pasó por la carretera secundaria que discurría junto al *Paraíso.*

Ninguno de ellos le prestó mayor atención. Quizá los ojos de Ingram se fijaron en él una décima de segundo, pero no más. Y con absoluto desinterés. Luego, siguieron su charla, mientras la furgoneta se detenía algo más allá, no lejos de la verja metálica.

Tampoco lo advirtieron los dos amigos necesitados de paz y sosiego. Su charla proseguía, mientras el vehículo de inocente apariencia se quedaba allí aparcado.

Tal vez de haber sabido la naturaleza de aquel vehículo y su contenido, su reacción hubiera sido muy diferente. Porque allí dentro, en aquella furgoneta verde, se encerraba la Muerte.

La Muerte que iba en busca de un hombre llamado Richard W. Shavelson.

El conductor del coche seguía sentado al volante, como esperando algo, A sus espaldas, se abrió una angosta ventanilla de comunicación con la amplia cabina de carga posterior, y asomó un hombre de tez oscura y ojos negros.

— ¿Es el lugar? —preguntó.

—Sí, Vrolác —asintió el chófer, sordamente—. Es el lugar. ¿Todo listo?

—Listo.

—Bien. ¿No habrá error?

—No puede haberlo. Están bien entronados. Saben Jo que tienen que hacer.

—Pero allí dentro hay otras personas. Pueden equivocarse de objetivo...

—Imposible —rió el llamado Vrolác, con una expresión peculiar en su rostro cetrino—. Hay algo que les atraerá hacia su presa y hacia nadie más.

—Está bien. Espero que todo resulte.

—Resultará. ¿Está solo?

—.No. He mirado antes con los binoculares. Está en compañía de otro tipo. Un negro.

—Bien. Esperaremos. No hay prisa. En cuanto se quede solo, actuaré.

— ¿Y si se marchan juntos? Están sentados ante una fuente, en ese jardín...

—Ya dije que esperaremos. Si se van juntos, habrá que tomar una determinación. No quiero testigos. Eso, sobre todo,

—Lo supongo. ¿Preparo por sí acaso el arma?

—Sí, prepárala. Pero utilízala solamente si algo falla. No me gusta cambiar los planes. Sólo un hombre debe de morir, ¿está claro?

—Muy claro, Vrolác. Esperaré instrucciones. . ¡Eh, espera! Va se levanta...

— ¿Quién?

—El negro. Parece que se marcha hacia el edificio del balneario. Se queda solo nuestro .hombre, sentado en el banco...

—Perfecto —sonrió siniestramente Vrolác con un destello maligno en sus oscuras pupilas—. Ten todo preparado, Gork. Vamos a actuar. Inmediatamente.

—Sí, Vrolác. ¿Tienes a tus *criaturas* a punto? —sonrió sardónico el conductor del coche verde.

—Ellos siempre están a punto —fue la tría respuesta.

El rostro desapareció de la abertura. Dentro de la furgoneta se captó un sordo y siniestro aleteo.

La Muerte se preparaba para atacar a su presa, bien ajena ésta a la suerte diabólica que le esperaba...

* * *

Nat Ingram se había alejado ya entre los altos y bien recortados setos. Shavelson se quedaba solo, pensativo, con un aire de complacencia tras su charla habitual con el buen amigo de raza negra que se había encontrado dentro de *El Paraíso.*

Alrededor suyo, el aire era quieto y perfumado, con suaves

aromas campestres, con una paz y serenidad que jamás había existido ni podía existir en la jungla de asfalto, cemento y metal que era la ciudad. Era como un remanso de calma eterna, Shavelson, al disfrutarlo, no podía imaginar lo cerca que esa eterna calma estaba de él en esos momentos. La calma sin fin de la Muerte…

El primer aleteo, sobre los setos y entre la arboleda, no significó nada para él. Fue como un rumor más, que él atribuyó a la presencia de algún pájaro en los jardines. O a una bandada, mejor dicho, ya que eran varias las alas que se movían en el aire quieto y apacible.

De repente, el aleteo se hizo más fuerte. Shavelson alzó la cabeza, levemente sobresaltado. Miró hacia los árboles, por donde llegaba el ruido. Una serie de sombras rápidas se agitaron ante sus ojos sorprendidos.

— ¿Qué diablos…? —comenzó—. ¿Qué es *eso?*

Fue todo lo que pudo articular, inmediatamente después, una bandada siniestra se abatía sobre él. En medio del sordo aleteo, hubo un grito ronco, un alarido súbito de horror, un forcejeo violento e inútil contra *algo* que era demasiado poderoso para que Shavelson pudiera hacer nada por impedir su terrorífica acción sobre él.

Con un gemido ronco, el corpachón del magnate cayó primero de rodillas, rodeado por aquella masa de pesadilla que se adhería a él en la soledad del jardín.

Luego, se fue de bruces a tierra, .manoteando en vano, luchando contra implacables y pequeños enemigos que le asaetaban por doquier, hasta irle sumergiendo en una agonía demoníaca y aterradora.

Con un último estertor, Shavelson supo que en esos momentos, la vida escapaba de su cuerpo, de su mente, junto con la sangre de sus venas. Y rodó por la gravilla del jardín, mientras un nuevo, sordo y más fuerte aleteo marcaba la marcha de los asesinos alados que acababan de matar al millonario que fuera al *Paraíso* en busca de paz.

La había hallado, ciertamente. Paz para siempre. Para la eternidad. Pero no sin antes sufrir todas las agonías del mundo, todos los horrores del infierno…

* * *

Nat Ingram cambió de idea a medio camino.

Y eso alteró increíblemente las cosas que iban a suceder en el futuro. Las alteró tanto, que todo fue distinto a partir de allí.

Tan distinto, que muchas vidas cambiarían de curso, muchas cosas dejarían de suceder como estaba previsto, y ciertas personas que jamás tuvieron la menor relación con Richard W. Shavelson, se verían involucradas en una dantesca peripecia de consecuencias

inimaginables.

Todo, porque el joven negro Nat Ingram, súbitamente, tuvo la idea de volverse atrás, e ir a preguntar a su flamante amigo, el poderoso y opulento Shavelson, algo que antes se le había olvidado.

Fue ello cuando ya había rebasado los setos que separaban aquel recoleto rincón del jardín del resto del mismo, en dirección al porche del edificio del balneario.

Se volvió y apresuró el paso, regresando al lugar donde charlara con su amigo. Un grito agudo rasgó el aire tranquilo de la tarde, cuando los desorbitados ojos del joven de color se clavaron en el lugar que acababa de abandónate

Allí seguía, ciertamente, Richard W. Shavelson. Peso la situación ahora era diametralmente opuesta a la que él dejara tras de sí. El millonario no meditaba, en soledad, sentado en el banco del jardín. En vez de eso, yacía en tierra, de bruces, sobre un charco de su propia sangre. De éste, se elevaban, revoloteando con chillidos agudos, unos pájaros sorprendentes, insólitos. Unos animales que rara vez podían ser descubiertos a la luz del día.

— ¡Oh, no! —farfulló, horrorizado—. ¡No es posible! ¡Shavelson, amigo mío!...

Corrió a él, angustiado. Los animales que permanecían junto al charco de sangre, levantaron el vuelo, alejándose con graznidos agrios e irritantes. Los vio perderse en la distancia, entre la arboleda, como atraídos por algo.

Le bastó llegar hasta el caído y volverle boca arriba, para descubrir que, desgraciadamente, nada podía hacerse ya por él. Estaba muerto. Desangrado. Su rostro saludable tenía el color de la cera. Los ojos vidriosos parecían mirar con estupor infinito, hacia un punto inconcreto, hacia la nada,

— ¡Shavelson, amigo mío! —gimió el joven de piel oscura—. ¡Oh, no, no,..!

Se irguió, desorientado, trémulo, tambaleante. Fugazmente, descubrió un par de últimos cuerpos oscuros, alados, sobrevolando la arboleda, hacia algún punto. Echó a correr en esa dirección, sin saber concretamente la razón.

Llegó cerca de la verja. Se echó de bruces entre los setos, para no ser visto. Una furgoneta de color verde oscuro empezaba a arrancar en ese momento. Estaban entrando en ella las extrañas aves asesinas. Un hedor a muerte, a sangre humana, empapaba el aire tranquilo de la tarde en el balneario donde nunca sucedía nada.

Nat Ingram, agazapado, descubrió hombre moreno, cerrando rápidamente las puertas posteriores, cuando la última criatura alada hubo penetrado en el vehículo. Un hombre situado al volante, hizo arrancar el coche sin pérdida de tiempo. Este se alejó, entre una

polvareda, aumentando su velocidad por momentos. El aire, en derredor, volvió a ser quieto, calmoso, y la tarde tomó una serie de tonalidades azuladas y suaves que parecían hablar de paz, sosiego y calma.

Pero atrás, a poca distancia de él, un hombre, su mejor, su único amigo, estaba muerto.

Muerto.

La idea era difícil de admitir. Nat Ingram no lograba concebirlo. Pero sabía que era así, aunque no entendía nada de cuanto estaba sucediendo.

De todos modos, en su mente había imágenes claras y concretas. Imágenes de un suceso increíble. De una muerte insólita.

Si no hubiera llegado a ver el coche verde…

De otro modo, tal vez pensaría que todo fue pura imaginación, un error de sus sentidos, una simple alucinación. Pero no era así. Estaba seguro de que había vasto algo real, algo cierto.

Por si lo dudaba, estaba en su retina la imagen tija de la furgoneta color verde oscuro, el hombre moreno… y los horribles seres alados, en la tarde apacible,

Muerte en la calma. Muerte en la paz. Muerte en *El Paraíso.*

Regresó junto a Shavelson. No lo había imaginado. Estaba muerto y bien muerto. Corrió a la residencia del balneario, para dar la alarma. Pero seguía pensando en todo lo demás. Y supo que si hablaba de ello, Se calificarían de loco.

Tal vez por ello, Nat Ingram se limitó a contar que había hallado el cuerpo sin vida de Richard W. Shavelson. Y nada más. Ni un detalle, ni un informe. Nada.

Su mente trabajaba en silencio, mientras funcionarios de policía y médicos le interrogaban. No, no sabía nada. No había visto nada. Lo repitió una y mil veces. Nada de nada. Se llevaron el cadáver. En los ojos del joven negro había lágrimas de dolor y amargura.

—Dios mío. . —musitó, al ver que la ambulancia se alejaba con el cuerpo del millonario tapado por una sabana—. El esperaba sobrevivirme, dedicarme un funeral, una beca en su *Fundación.* . Y soy yo quien vive aún Pero ¿por qué? ¿Por qué?

No había respuesta. Pero él recordaba una escena, unos detalles. Al otro día, cuando vio los periódicos, sus temores crecieron. Sus indecisiones, también.

No sabía lo que tenía que hacer. Pero sabía que haría algo.

Y lo hizo.

Capítulo II
FIEL AMIGO

Los titulares de los periódicos diferían muy poco entre sí. La noticia era la misma en primera plana. La forma de tratarla, muy similar:

«MUERTE DE UN MAGNATE DE LAS FINANZAS.
EL CREADOR DE LA FUNDACION SHAVELSON,
MUERE EN UN BALNEARIO. DESANGRADO
MISTERIOSAMENTE, Y CON HUELLAS
DE MORDEDURAS EXTRAÑAS. ¿QUE ES LO QUE
MATO A SHAVELSON? NO HÚBO TESTIGOS
DE, SU FINAL.»

— ¡Eh, observa esto! —señaló roncamente el hombre cetrino, de ojos negros, al hombre que a su lado, en el cobertizo rodeado de campos cultivados, se ocupaba en beber de un frasco petaca de whisky —. ¿Viste quién descubrió al difunto?

El otro echó una ojeada indiferente a la primera página del diario, y luego se encogió de hombros.

—Sí, ya veo —dijo—. Nat Ingram, un joven negro ¿Y qué?

—Tú me dijiste que era un negro quien estaba con él esa tarde. Pudo ser el mismo.

—Quizá. Y aunque fuera el mismo, ¿qué importancia tendría eso?

—Puede tener mucha, estúpido. Tal vez descubrió el cadáver porque regresó al lugar donde charlaban arabos. De otro modo, pudo descubrirlo otro cualquiera. El se iba hacia la casa, tú lo dijiste...

—Es cierto. Pero lo mismo da, ¿no? Ahí dice que 110 vio nada...

—Eso es lo que él dice al periódico. ¿Y si lo vio?

—Lo diría, supongo —bostezó el de la petaca de whisky.

—Escucha, Gork. Si el tipo realmente vio algo raro, puede que no se atreva a decirlo.

— ¿Por qué no?

—Bueno, imagina que los vio a *ellos*. Pensaría que, si lo dice, le

tomarían por loco o algo así. Aquí dice que es un tipo que está enfermo y que fue un truhán que ganó un premio en las apuestas. No sé, no me gusta que se muestre tan escueto, tan frío en sus declaraciones,

— ¡Oh, Vrolác, tú ves visiones! ¿Qué imaginas ahora?

—Nada. Pero creo que valdría la pena visitar ese balneario, hacerse pasar por periodista... y tratar de entrevistar al tipo. Me gustaría saber lo que me dice *ahora* del asunto.

— ¿No es arriesgarse demasiado v de una manera tonta? —arguyó Gork.

— ¡Calla, necio! Yo sé lo que me hago. Mañana visitaré ese balneario, palabra —pasó una hoja, y contempló la página siguiente del periódico—. ¡En, mira esto...! Es una buena publicidad para esos tipos.

— ¿Qué tipos?

—*Los Tres Dragones de Oro.*

— ¿Los... qué? —balbuceó Gork, perplejo.

—*Los Tres Dragones de Oro,* imbécil. Son famosos.

— ¿Qué son? ¿Cantantes o acróbatas? ¿Artistas de cine, quizá?

—Nada de eso. Se trata de unos tipos que practican *Artes Marciales.* Un americano rubio que fue actor cinematográfico, una mulata y un chino. Son tres *budokas* excepcionales. Aquí dice que acaban de regresar de Thailandia, donde han resuelto un extraño asunto alrededor de un supuesto ídolo viviente... [1]. Parece ser que son algo excepcional, algo fuera de serie... Al diablo con ellos —rió burlonamente el hombre de tez cetrina—. Seguro que si chocaran con cierto asunto, se iban a estrellar sin remisión...

Soltó una carcajada, y Gork le miró estúpidamente, sacudiendo la cabeza con perplejidad y tomando otro trago de whisky.

—De todos modos, Vrolác, sigo pensando que es una tontería ir a ese balneario a visitar al negro. Es como meterse en la boca del lobo. ..

—No te preocupes. Yo sé hacer las cosas. Tengo auténtica curiosidad por ver a ese individuo. Hay algo en sus declaraciones que no me gusta... y quiero saber lo que es...

No adelantó mucho el tal Vrolác yendo al día siguiente a ver a Nat Ingram al balneario *El Paraíso.*

El propio encargado del mismo le dio la noticia:

—Lo sentimos mucho, señor. Nat Ingram se ha despedido del balneario súbitamente. Tenía pagado aún todo este mes, pero ha renunciado a ello y ha vuelto a San Francisco... No, no tengo su dirección, señor. No dejó ninguna dirección aquí... Parecía muy interesado en marcharse cuanto antes...

Por los ojos negros y crueles de Vrolác pasó un súbito destello de

astucia y malignidad. Pero dio media vuelta y se marchó bruscamente, sin dar siquiera las gracias.

* * *

Nat Ingram estaba seguro de haber obrado como debía.

(1) ***Alude aquí a otro título de estos personajes, dentro de la serie ¡K1AÍ!, titulado El ídolo que vive, (N, del E.)***

Era tal vez un riesgo excesivo. Si alguien se enteraba de que había abandonado el balneario, precisamente a las pocas horas de la extraña y misteriosa muerte de Richard W. Shavelson, sobre la que él no había querido dar informe alguno a la Prensa ni a la policía tal vez pensaran que había podido ser testigo de algo, saber más de lo que revelaba públicamente. Nat Ingram no tenía miedo alguno por sí mismo. Su vida iba a ser breve, de todos modos. Muy breve. Su dolencia era fatal a corto plazo. De modo que no temía cosa alguna. Si le mataban, lo único que harían sería apresurar su agonía Tal vez por eso mismo estaba haciendo lo que hacía.

Había tenido pocos amigos en su vida. Uno, el más reciente, era un hombre llamado Richard W. Shavelson, un millonario que había vivido siempre a auténticos años luz de distancia de un pillo como él, perdido durante años en el dédalo tortuoso de los bajos fondos de San Francisco. Sin embargo, un común denominador les había hecho convertirse en amigos, allí en el balneario. Había sido una circunstancia breve y asombrosa. Rota, desgraciadamente, por una muerte súbita y siniestra. Una muerte que no estaba nada clara para él.

Había tenido otro amigo en su existencia. Más atrás. Más lejano. Tan entrañable como el hombre que, siendo un perfecto desconocido, y cargado además de millones, había llegado a llamarle *amigo,* a ofrecerle un funeral hermoso, y a idear una futura beca con el nombre de Nat Ingram.

Ese primer amigo... fue una amiga.

Una mujer.

De color, como él. Joven como él. Ahora, la vida la había llevado por derroteros muy distintos, lejos del hampa, de la delincuencia, de sus comunes hábitos de entonces, cuando habían compartido correrías, huyendo de la policía, mezclados con otros delincuentes juveniles, de los que tanto daba la gran ciudad, con su vida desgarrada, sus lujos y sus miserias, su grandeza V su depravación.

Esa mujer era ahora famosa. Su vida había cambiado mucho. Muchísimo...

Era ya otra persona. Casi tan lejos de él como el propio Shavelson. Pero seguía siendo ella, después de todo. Tal vez incluso le recordase aún...

Desplegó el periódico que había adquirido al tomar el autobús para regresar a San Francisco, al abandonar el balneario. Contempló la fotografía donde ella estaba.

No se hallaba sola. Otros dos hombres la flanqueaban en aquella imagen reproducida por el diario. Dos hombres tan populares como ella. Uno, se llamaba Frank Cole, era alto, rubio, norteamericano. El

otro, Kwan Shang. Chino, joven, enjuto, fibroso, de rostro anguloso e inteligente.

Ella, era Lena Tiger. El tercer miembro del grupo.

Leyó el titular sobre la fotografía de la tercera página. Cubría seis columnas:

«*LOS TRES DRAGONES DE ORO* TRIUNFAN EN ASIA. UN MITICO IDOLO VIVIENTE, A PUNTO DE CAUSAR UN CONFLICTO EN THAILANDIA. REPORTAJE ESPECIAL DE NUESTRO CORRESPONSAL EN BANGKOK. »

Luego, los ojos de Nat Ingram se fijaron en una última noticia insertada al final del reportaje, en un recuadro:

«ULTIMA HORA:

»Los *Tres Dragones de Oro,* Frank Cole, Lena Tiger y Kwan Shang, los más famosos *budokas* del mundo, auténticos mosqueteros al servicio de la ley y de los que son víctimas de la injusticia y la opresión, regresaron ayer a nuestro país, siendo recibidos en el aeropuerto de San Francisco por nuestro colaborador especial, Nelson Craig, que publicará mañana una crónica al respecto.»

Nat Ingram suspiró, doblando el diario. Miró por la ventanilla, mientras el *bus* se aproximaba a la terminal de autobuses de San Francisco. Sonrió para sí, dedicando un recuerdo, mitad dulce, mitad amargo, al buen amigo Shavelson, muerto en el balneario.

—Lo hago por ti, noble amigo —musitó—. Tú me prometiste un funeral y un nombre para una beca. Eso, ya jamás podrás hacerlo. Pero yo te haré ese funeral. Y hablaré con alguien que, tal vez, llegue a descifrar alguna vez las causas de tu muerte... Y si hubo un culpable, como sospecho, pagará por ello. Te lo promete tu amigo Ingram, que no tardará en reunirse contigo en la eternidad...

* * *

Frank Cole miró a su alrededor. Dio un aviso en voz ronca a sus amigos:

— ¡Cuidado! —avisó—. Es una emboscada. .

Kwan Shang .asintió. Lena Tiger parecía también haberse dado exacta cuenta de ello. Los tres miraron hacia los agresores que habían formado círculo en torno.

—Sí, eso parece —admitió Kwan entre dientes—. Mal

recibimiento nos hacen en nuestra casa, ¿no te parece?

Lena Tiger arrugó el ceño, situándose en posición de defensa, a la espera de la iniciativa de los siete individuos que, súbitamente, habían emergido por todas partes, acorralándoles en aquella callejuela del Barrio Chino.

Todos eran orientales. No les resultaban conocidos. No eran habituales maleantes de *Chinatown, y* menos aún *budokas* que pudieran identificar. Los primeros, no se hubieran atrevido contra ellos. Los segundos, no utilizaban nunca sus recursos para atacar a nadie.

Un *budoka,* por encima de todo, es un ser honesto limpio y noble, que pone sus artes al servicio de una causa justa, de una defensa propia, o de la simple práctica de sus conocimientos.

—Son rufianes que tienen nociones de lucha oriental —avisó Lena—. Gentuza de la peor especie. Acostumbran a pagarles para las acciones más violentas y sórdidas. Pero son temibles. Observad: llevan navajas y *nunchakus.*

Era cierto. Dos de ellos esgrimían ya navajas automáticas, cuyas hojas de punzante acero salieron con un chasquido, como lenguas rígidas. Otros tres exhibieron *nunchakus* extraídos de sus amplias prendas. Los dos últimos, se limitaban a enarbolar sus manos estiradas, rígidas, en forma de sable. Sabían lo que era el *karate.* Mucha gentuza aprendía ahora cosas así para delinquir. Las esencias más puras de las *Artes Marciales* se perdían así por culpa de profesores desaprensivos y de discípulos indignos.

—Atención a los *nunchakus* —avisó Cole—. Yo me ocuparé de ellos. Tú, Kwan, de los tipos con navajas. Lena, cuídate de los *karatekas.* ¿De acuerdo?

Asintieron ambos. Cole se había expresado en japonés. Los enemigos, chinos o mestizos todos ellos, no podían entender el lenguaje, aunque los profanos pensaran que la lengua china y la japonesa se parecían en algo.

Luego, se movieron, alejándose entre sí, pero cubriéndose mutuamente las espaldas, alzaron sus brazos, y plantaron cara a los siete matones de *Chinatown* que les habían salido súbitamente al paso, con evidente intención de atacarles.

Frank Cole había elegido lo peor del lote. Tres enemigos, en vez de dos. Y todos ellos con los temibles *nunchakus,* las armas orientales formadas por dos partes de madera con una cadena en medio. Utilizada hábilmente, podía ser un instrumento realmente mortífero y devastador.

Y aquellos tres tipos, era indudable que sabían cómo manejarla, sobre todo contra un solo adversario.

Frank Cole no cometió el error de atacar primero. Sencillamente,

esperó a que uno de sus adversarios le atacara. Sabía que eso tenía que suceder, y sucedió.

No fue uno, sino dos los que saltaron hacia él, agitando sus temibles armas, que zumbaron en el aire, sibilantes, buscando su cuerpo y su cabeza. El tercero, más atrás, esperó a que él saliera del cerco, para rematarle si era preciso.

Los tres ignoraban que Frank Cole, aun frente a tres armas demoledoras como aquéllas, tenía recursos sobrados para eludirlas.

Su cuerpo describió un súbito giro en el aire, al tiempo que brincaba sobre las armas a él dirigidas. Fue un salto inverosímil, una suspensión increíble sobre los atacantes, a quienes sus pies machacaron casi simultáneamente, cuando los disparó, en un movimiento de *Tobi-Kéri,* con los pies en proyección, pero contra las cabezas enemigas. Ambos pies, muy abiertos, martillearon los rostros enemigos, salvando la guardia de los *nunchakus,* y los dos rufianes recularon, tambaleantes, aturdidos por el impacto del pie de Cole. Este, sin dejarles recuperar del mazazo, apenas tocó el suelo disparó una mano en *Nukite,* vertical y rígida, al tiempo que de su boca, de su cuerpo todo, escapaba aquel grito rotundo, poderoso y escalofriante, que tuvo la virtud de encoger más aún a sus adversarios:

— ¡*KIAI!*

El golpeado por el *Nukite* de Cole se dobló, jadeante. La rígida mano había pegado en su cuello, quebrándole la nuez con un chasquido. Su cabeza cayó adelante y besó el suelo. Al caer, ya estaba muerto.

Su compinche, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, sintió que el *nunchaku* volaba de su mano, arrancado de cuajo por un terrorífico golpe de la zurda de Cole sobre su muñeca, también en *Nukite,* lanzándole atrás, tambaleante, momento que aprovechó el tercer enemigo, con un rugido colérico, para intentar golpear el cráneo de Cole con su arma oriental.

La madera y el hierro silbaron furiosos en el aire, sin hallar su blanco. Cole había logrado eludir el impacto, para proceder, seguidamente, a hundir su puño en el hígado del segundo adversario, en un virulento *Tsuki-Chudan,* que fue seguido por un devastador *Yoko-Geri-Jodan* de su pie izquierdo, que hizo crujir la tibia del tercer enemigo.

Era un formidable daño causado a un punto vital, un *atemi,* y cuando la tibia o *Kokotsu* era dañada así, el desvanecimiento se producía en el acto.

Frank Cole había terminado limpiamente con sus tres enemigos, justo cuando ya Kwan Shang, con movimientos felinos de su especialidad, el *kung-fu,* había logrado poner fuera de combate a los navajeros.

Le bastaron dos golpes precisos, tras eludir los afilados aceros de sus armas, y sus manos, una en forma de *garra de águila,* la otra en forma de *Yin-Chuan* o *puño de cabeza de dragón,* hicieron presa en los dos agresores. A uno le cegó totalmente, al hincar sus dedos en los ojos, haciéndole aullar de dolor, totalmente incapacitado para seguir luchando, lanzando simples navajazos al aire. Al segundo le conectó un impacto seco y preciso entre ambos ojos, que le fulminó como un rayo. Rápido, después, se volvió al primer enemigo, que se movía torpemente, sin visión, y remachó su ataque con un formidable puntapié que alcanzó de lleno su mentón, haciéndolo crujir violentamente. El tipo se desmoronó, totalmente inconsciente.

Lena Tiger, con sus dos enemigos *karatekas,* tampoco parecía tener las grandes dificultades que de la situación en principio se desprendía. Lo cierto es que le bastó recurrir al *Tae-Kwon-Do* o *Karate Volador,* que , era la última disciplina en que se había ejercitado, tras ser una perfecta dominadora del *Aikido,* para acabar con los dos a la vez, en un alarde de facultades, elasticidad y precisión, que movió felinamente su cuerpo moreno por los aires, frente a los dos rufianes.

La técnica utilizada por Lena fue tan eficaz como espectacular. Durante unos maravillosos momentos, dignos de ser plasmados por una cámara cinematográfica al *ralenti* o por un pintor capaz de expresar plásticamente la belleza salvaje y estética de aquella luchadora increíble, el cuerpo esbelto, sinuoso, espléndido, de la hembra de piel bronceada, de pechos firmes y nalgas agresivas, de rostro inquietante v hermoso bajo la rizosa cabellera *afro,* pareció volar sin alas, con facultades que no eran de este mundo.

Lena Tiger había recurrido a una patada frontal en pleno vuelo, una demoledora *Ap-Cha-Ki* que desplomó como fulminado al primer enemigo, para después revolverse y, en suspensión prodigiosa, como un ave majestuosa, hender el aire, y caer sobre el segundo enemigo, en un golpe impresionante, un *Twimyo Bandae Dollyo Chági.* Es decir, una patada lateral con el talón, mientras el cuerpo saltaba en dirección opuesta. La potencia empleada en el impacto era increíble.

El *karateka* recibió aquel mazazo en su rostro, astillándosele los huesos de su pómulo, 18s cartílagos de su nariz, y saltando todos los dientes de su boca. Vomitando sangre, con los ojos en blanco, el individuo se desplomó de bruces, quedando inmóvil sobre el asfalto.

—Bueno, parece que esto ha quedado listo, muchachos —jadeó Frank Cole, mirando jovialmente a sus dos compañeros—. No fue muy difícil, después de todo…

—Pero ¿por qué todo ello, Frank? —se interesó Kwan Shang, con gesto preocupado, mirando en torno.

—Sé tanto como tú. Algo ha tenido que suceder para que esta gentuza viniera a complicarnos la vida. —Cole contempló a los tipos

abatidos, con gesto ceñudo—. Lo mejor es preguntárselo a ellos, ¿no te parece? Lena, avisa al teniente Dobkin. Entretanto, nosotros interrogaremos a uno de ellos, el que esté más consciente de todos, a ver lo que sacamos en claro…

—En seguida, Frank —sonrió Lena, guiñando un ojo a sus compañeros—. Decidme lo que sacáis en claro de este lío. Siempre que nos ocurre algo así, es que nos esperan complicaciones. Ya me parecía a mí que tanta publicidad sobre nuestro regreso de Bangkok, iba a resultar negativa a fin de cuentas…

Capítulo III
MUERTE ALADA

—En resumen… ¿qué, Frank?

—En resumen, nada. O casi nada.

—Pero el tipo habló, ¿no es cierto? —insistió Lena ahora.

— ¡Claro! —suspiró Cole, contemplando pensativo la panorámica que se descubría allá, al pie de Nob Hill, desde su residencia en lo alto de la colina—. Habló. Y no dijo apenas cosa alguna que fuese válida para saber lo que ocurre.

— ¿Qué te dijo, exactamente? —preguntó Kwan Shang.

—Sólo lo que esperaba oír. Eran simples matones de los bajos fondos. Gente de poca monta, pero que se creían alguien. Les contrató un pillo llamado Chang Wu, que ha desaparecido. Es un tipo que acostumbra a ocuparse de trabajos sucios, pero siempre por cuenta ajena. El busca a la gente, la paga y cobra una comisión por la tarea. Un matón de tercera fila, vamos.

—De modo que los auténticos responsables quedan al margen.

—Totalmente al margen. No saben nada de ellos. Chang Wu les pagó, les ordenó atacarnos y matarnos. Eso es todo.

—De modo que la orden era de ejecución. Triple asesinato… —meditó Lena.

—Bueno, si nos dejaban malheridos, también era válido. El caso era quitarnos de la circulación.

—Pero ¿por qué?

—Si lo supiera… —Cole se encogió de hombros—. No parece haber motivo alguno para ello, a menos que alguien quiera ajustar alguna vieja cuenta con nosotros.

—O que alguien pretenda que no nos ocupemos de algún otro asunto —sugirió de repente Lena Tiger.

— ¿Eh? ¿Qué dices? —saltó Cole, volviéndose a ella.

—Justamente lo que he dicho. Podría suceder que fuese algo así. Después de todo, acabamos de regresar de Thailandia. Tal vez haya algo aquí que nos espere, sin saberlo nosotros. Es sólo una posibilidad, claro.

—Una posibilidad bastante lógica —aceptó Cole, frotándose el mentón pensativo—. Esperemos, en todo caso. Si alguien quiere

ponerse en contacto con nosotros, no creo que tarde en hacerlo.

En ese momento, sonó el teléfono. Kwan Shang lo descolgó, puesto que era el que estaba más próximo a él,

—Kwan Shang —dijo—. ¿Qué desea?

— *¿Los Tres Dragones de Oro?* —preguntó una voz al otro extremo del hilo.

—Sí —asintió Kwan—. ¿Quién es usted?

—Quiero hablar con Lena Tiger.

—Se pondrá en seguida. ¿Puedo decirle de parte de quién?

—De un viejo amigo de otros tiempos. Es suficiente.

—Bien... —Kwan dejó el aparato sobre la mesa v miró a la joven mulata—. Es para ti, Lena.

— ¿Quién? —saltó ella vivamente.

—Un viejo amigo de otros tiempos —sonrió Kwan Shang—. Es lo que dijo.

Ella no comentó nada. Avanzó hacia el teléfono. Lo tomó, mientras Frank paseaba hasta el lado opuesto.

Kwan parecía muy interesado en los tapices orienta les de las paredes.

— ¿Sí? —preguntó ella—. Soy Lena Tiger. ¿Quién habla?

—Lena, soy yo. Ya no me recordarás, sin duda —musitó una voz lejana y opaca.

—Si no dice quién es...

—Nat. Nat Ingram —dijo la voz, vacilante.

— ¡Nat! —ella se irguió, sorprendida. Sus ojos brillaron—. Mi buen amigo Nat... ¿Qué ha sido de tu vida?

—Tuve suerte. Gané un premio en las apuestas. Importante, ¿sabes?

— ¡Vaya, lo celebro...! Eso es una gran noticia, Nat. ¿Dónde estás ahora?

—Aquí, en San Francisco. Estuve un tiempo en un balneario. Me fue muy bien. Buscaba paz, sosiego; olvidar muchas cosas... Ahora he vuelto. Necesito verte.

—Claro, Nat. Cuando quieras. Yo nunca olvido a los amigos...

—Eso me gusta oírlo, Lena. Quiero hablar contigo, pero no de los viejos tiempos solamente. Ocurre algo. Necesito verte. Sé que eres ahora una de ellos, de *Los Tres Dragones de Oro*... Es a *todos* vosotros, tal vez, a los que necesito... Lena, yo... yo hice una amistad en el balneario y... y...

—Sí, Nat, sigue. ¿Y qué?

—Bueno, esa amistad... ya *no* existe. Murió. Le mataron. Yo lo vi. Sé cómo ocurrió, aunque no he dicho nada a nadie. Tengo miedo... No, no por mí. Estoy enfermo, ¿sabes? Muy enfermo...

—Nat, ¿qué te ocurre? —se alarmó Lena.

—Lo peor —rió él suavemente—. Me muero, Lena. Me queda poco de vida. Una de esas malditas enfermedades que no tienen remedio, ¿sabes? Por eso no temo nada por mí, pero quiero veros... Me he instalado en un hotel. No sé, pero hoy me ha parecido notar que me vigilaban. Deben ser aprensiones, supongo... Os llamé ya dos veces esta mañana, pero no estabais en casa...

—No, no hemos vuelto hasta tarde. Tuvimos cosas que hacer... Nat, ¿qué te ocurre realmente? ¿Qué quieres decirme con todo eso?

—Será mejor que hablemos personalmente, Lena. Pero mi amigo... mi amigo fue muerto por esos malditos monstruos alados... Yo lo vi. Tal vez me tomes por loco, pero fui testigo de todo. Vi los animales asesinos, vi la furgoneta verde... En fin, debo Hablarte de ello. Mi amigo no merecía morir así. Era un gran hombre. Un tipo muy distinto a mí, claro... Rico, poderoso... Pero necesitado de amigos... Lena, ¿dónde y cuándo puedo verte?

—Ven aquí, Nat. A nuestra casa. En Nob Hill. Te daré las señas exactas —se las dio—. Puedes venir cuando quieras.

—Bien. Dentro de una hora estaré ahí. Cuanto antes sepáis lo ocurrido, mejor. ,

—Bien, Nat. Té esperaremos... —Lena arrugó el ceño y tuvo una idea repentina. Le preguntó a su" interlocutor—; Espera... ¿A qué hora hiciste la primera llamada aquí?

—A primera hora de la mañana... Sobre las ocho.

—Ya. ¿Dijiste a alguien que pensabas recurrir a mí y a mis amigos?

—No, a nadie en absoluto. Palabra, Lena... ¿Por qué lo preguntas? —había preocupación en el tono de Nat Ingram.

—No, por nada. No dejes de venir, Nat. Te esperamos.

Colgó. Luego, se quedó mirando, pensativa, a sus dos amigos. Kwan Shang y Frank Cole cambiaron una mirada entre sí. Por fin, la contemplaron a ella.

— ¿Qué es, Lena? —quiso saber Kwan.

—Parece una llamada de auxilio en toda regla. De un viejo amigo a quien nunca esperé oír hablar de nuevo. Es de mis tiempos de fuera de la ley —sonrió ella amargamente—. ¿Eso te dice algo, Frank?

—No sé. Depende de lo que sea.

—Habló de una muerte. Un asesinato. Animales misteriosos. Una furgoneta verde. Monstruos alados, dijo. En un balneario.

—Eso no tiene mucho sentido, a primera vista —suspiró el joven chino.

—No, no mucho. Pero es lo que él mencionó.

— ¿Va a venir? —indagó Cole.

—Sí. Ha prometido hacerlo lo antes posible. Parece muy preocupado.

— ¿Quién es él, exactamente?

—Nat Ingram. Un hombre de color, como yo. Y, como yo misma, un antiguo pillo de los bajos fondos. Estuvimos mezclados muchas veces en los mismos problemas y dificultades. Pero siempre salimos con bien de ellos. Era un tipo duro. Sobre todo, navaja en mano. Algo debió irle bien, un premio en las apuestas según me ha dicho él. Lo cierto es que ahora está aquí, en San Francisco, ansiando verme. Es decir, vernos a los tres.

— ¿Por el asunto de ese amigo suyo?

—Sí, exacto —afirmó ella lentamente.

— ¿Te ha dicho si lo sabe alguien más que él?

—He pensado en lo mismo —sonrió Lena, enigmática—. Por eso se lo pregunté. No, no dijo nada a nadie. Tenía demasiado miedo a algo, para sincerarse con persona alguna.

— ¿Dijo quién era el amigo muerto?

—No. Ni citó nombres.

—Pero has hablado de un balneario... —comentó Frank pensativo.

—Sí, eso es —asintió ella—. Ocurrió en un balneario. Y parece ser que los asesinos fueron unos seres alados...

—Espera —dijo Kwan bruscamente—. Algo así tiene que haberse publicado.

Fue a un mueble y hurgó en los diarios de los últimos días. Cole, mientras su amigo orienta buscaba, hizo otra pregunta a Lena:

— ¿Puede estar relacionado todo esto., con el ataque injustificado de que fuimos víctimas hoy, en el Barrio Chino?

—Es lo que pensé —Lena se encogió de hombros—, ¿Quién puede saberlo, Frank? El, mi amigo Ingram, parecía temer que le vigilaran, aunque por otro lado lo atribuía a su propia inquietud.

—Tal vez no sea como él supone, y realmente le vigilen. Pero ¿por qué a nosotros también? ¿Cómo relacionar a Ingram con nosotros, Lena?

—No lo sé, Frank. Cuando él venga, trataremos de...

— ¡Ya está aquí! —sonó la voz de Kwan Shang excitadamente—. Tiene que ser esto... aunque aquí no menciona para nada a ningún *monstruo alado,* Lena.

Les puso en las manos los ejemplares de los periódicos del día anterior, con la noticia de la muerte de un importante magnate recluido voluntariamente en un balneario próximo a San Diego, en período de reposo. Los ojos acerados de Frank Cole destellaron, preocupados.

—Richard W. Shavelson —leyó el nombre, emitiendo un tenue silbido entre dientes—. Vaya… Todo un importante hombre de las altas finanzas. .

— ¿Le conoces? —preguntó Kwan, curioso.

—De nombre, sí. Ha creado recientemente una *Fundación,* la más importante de California, para financiar los estudios científicos y artísticos. Es un gran hombre. Ha muerto de modo misterioso, según los periódicos. Pero mostraba mordeduras extrañas. Y un negro, compañero de retiro en el balneario, halló el cadáver. Sin embargo, ese hombre no declaró nada a la policía ni a la Prensa.

—Tal vez estaba demasiado asustado para hacerlo —apuntó Kwan.

—Q tuvo miedo de que no le creyeran… y echara sobre sí, al mismo tiempo, a los asesinos de Shavelson —remachó Lena.

—Sí, lo que ambos decís es muy posible —suspiró Cole—. Ahora ardo realmente en deseos de que ese hombre esté aquí para hablarnos del extraño asunto.

—Eso no tardará en suceder —comentó Lena, mirando su reloj —. Ha dicho que en una hora estará aquí.

* * *

Nat Ingram descendió del taxi frente a la edificación de Nob Hill Comprobó que coincidía con las señas que le diera Lena Tiger, pegó la carrera, y echó a andar resueltamente hacia el edificio rodeado de amplios jardines y altas verjas de color verde oscuro, puntual a su cita.

Cincuenta y siete minutos, exactamente, habían transcurrido desde su llamada a Lena. No se podía pedir más exactitud en acudir a una cita. Él era el primer interesado en no demorar ese encuentro con la joven mulata y con sus dos compañeros, los famosos *budokas* que formaban el grupo llamado *Los Tres Dragones de Oro.*

Cruzó la amplia calzada bordeada de árboles que daban una apacible sombra a las empinadas aceras de la zona residencial de la colina. Desde allí se dominaba una vista espléndida de la ciudad, de la bahía y de las cercanías de San Francisco. El día, despejado y límpido, contribuía notablemente a ello.

Nat Ingram respiró con fuerza. Era hermoso disfrutar de días así. Del sol, la luz del día, el cielo azul, el mar sereno, las arboledas… La vida, en suma. Para él, todo eso tenía un significado especial. Sabía que su plazo se terminaba pronto. Su vida estaba marcada por un final irremisible, a corto plazo. Disfrutar de cosas así le estaba ya virtualmente vedado. Por eso las saboreaba más. Y sentía una profunda amargura, pese a su resignación. Era doloroso abandonar para siempre aquello que se amaba. El mundo y la vida eran demasiado hermosos para no amarlos y para no sentir su pérdida definitiva.

Pero su mal no tenía remedio. Y aun así, suponiendo que no

fuesen otras las causas de su final. Porque sabía demasiado sobre una muerte que nadie había sabido entender aún. Y eso podía ser muy peligroso.

Llegó ante la puerta de la verja que rodeaba la residencia de los *Dragones de Oro.* Sobre la entrada, tres dragones dorados, entrelazados, formaban un arco simbólico, que no daba lugar a posibles errores. Era allí, sin duda alguna, donde le esperaban Lena v sus amigos.

Llevó la mano al timbre. Justamente cuando la furgoneta verde doblaba la esquina inmediata.

Nat Ingram no la vio. La furgoneta rodaba silenciosamente, y silenciosamente se detuvo también no lejos de las verjas de la residencia. Unos ojos malignos, se fijaron en el visitante de piel negra.

Sonó el timbre dentro de la casa. Aparentemente, no se escuchó nada. Pero ya de forma automática, una serie de células fotoeléctricas y de ojos electrónicos de control se habían activado dentro de la vivienda, apenas puso Ingram sus pies ante la verja. Los sistemas de seguridad de la residencia, sofisticados y precisos, actuaban con una sincronización perfecta, apenas un extraño llegase junto a la mansión.

Los tres ocupantes de aquella casa habían dedicado sus vidas y sus esfuerzos a luchar en defensa de personas débiles, oprimidas o en peligro. Eso implicaba también un riesgo seguro y constante para ellos. Tenían que defenderse lo mejor posible del factor sorpresa de sus desconocidos enemigos.

Ingram esperaba, impaciente. Un silencioso servidor oriental, un experto *budoka* al servicio de los *Dragones* —toda su servidumbre, escasa pero seleccionada, había sido escogida entre conocedores perfectos de las *Artes Marciales*—, avanzó por entre los setos y árboles del jardín, hacia la entrada para franquear el paso al esperado visitante.

En la esquina inmediata, las compuertas traseras de la furgoneta verde se abrieron de repente.

Y surgió la *Muerte Alada.*

El siniestro batir de las formas membranosas en el aire quieto de la mañana, aterrorizó a Nat Ingram. Fue una asociación repentina de ideas en su mente inquieta. Evocó en décimas de segundo la muerte de su amigo Shavelson. Y la presencia de los asesinos con alas, .haciendo aquel mismo ruido inconfundible, estremecedor…

Giró la cabeza. Sus ojos desorbitados se clavaron en aquellos cuerpos que de repente parecían ensombrecer el radiante disco solar con sus sombras aleteantes, precipitándose hacia él como un enjambre de seres infernales.

— ¡Noooo! —chilló—. ¡Oh, Dios mío, no! ¡Así, no! ¡No quiero morir *ahora!* ¡No antes de que ellos sepan… de que mi amigo pueda

ser... vengado...! ¡No., noooo!...

Alzó sus brazos. Unos chillidos escalofriantes brotaron de las bocas de los pequeños y alados monstruos que, súbitamente, se precipitaron sobre él, hincando en su cuello, en su rostro, en su pecho y manos, cruelmente, unos afilados incisivos. El aleteo se hizo más y más intenso, a medida que crecía el número de animales alados, de diminutos criminales bien amaestrados para matar...

Ingram cayó de rodillas, pugnando por apartar de sí aquella oscura masa de estridentes alas en choque unas con otras. No pudo calcular cuántas eran, pero no menos de un centenar ya, invadiéndole materialmente, sepultándole bajo la negra sombra mortal.

El dolor, la sangre, invadían ya su cuerpo, patéticamente derrumbado ante las verjas mismas de la mansión de los *Dragones de Oro.* El sirviente de los *budokas,* estupefacto, asistió durante un momento a la terrible e inesperada escena. Dudó entre avisar a los dueños de la casa o actuar por sí mismo, rápidamente, en defensa del visitante.

Esta última decisión se sobrepuso a cualquier otra que significara una posible pérdida de tiempo realmente fatal para la víctima y, sin vacilar un momento, el menudo y elástico oriental al servicio de los *Dragones de Oro* escaló casi inverosímilmente las verjas, y saltó: al lado opuesto, emitiendo un agudo grito al tiempo que se precipitaba, brazos por delante, sobre los monstruos asesinos.

Esos brazos fueron como catapultas disparadas sobre las diminutas bestias con alas, que se dispersaron alocadamente al sentirse atacadas por un nuevo adversario. Pero como si algo demoníaco poseyera sus pequeños cerebros, se reagruparon sin pérdida de tiempo, mientras el servidor de la casa intentaba proteger a Ingram con sus certeros golpes contra los oscuros cuerpos alados, y procedieron a atacar también al oriental,

Este, pese a sus conocimientos de *budoka,* a pesar de la celeridad de sus movimientos defensivos, para mantener alejados a los temibles adversarios, no pudo evitar que, cuando menos, una docena de ellos, con presteza y crueldad inauditas, atacaran sus ojos, cegándole. Notó brotar sangre de ellos, captó angustiado el reventón de sus globos oculares, y cayó, totalmente ciego,| manoteando estérilmente, en tanto el enjambre alado; se posaba sobre él y sobre Ingram; remachándoles despiadadamente en un ataque feroz e ineludible.

Duró sólo unos momentos, pero ello bastó. Cuando algo, un lejano aviso inaudible para cualquier ser humano, llegó hasta ellos, levantaron el vuelo, en siniestra formación, dispersándose en la desierta zona residencial, de regreso al vehículo verde que les servía de madriguera.

En la acera, quedaban dos cuerpos inmóviles, bañados en

sangre, triturados sus rostros y cuello a mordeduras diminutas pero feroces y sanguinarias, hasta ocasionar la muerte irremisible.

También unos pocos cuerpos alados, los que sufrieron la contundencia mortal de los primeros impactos del servidor de los *Dragones de Oro,* yacían en el asfalto ahora, no lejos de los cuerpos humanos.

Pero el vehículo verde, que se alejaba ya con rapidez del lugar, pasó junto a ellos, reduciendo su marcha, y unas manos enguantadas, surgiendo de la portezuela, los recogieron, dejando la calzada limpia de su presencia…

Luego, la furgoneta verde aceleró definitivamente, y se alejó colina abajo, de regreso al centro urbano de San Francisco.

Capítulo IV
FUNERALES

—Kyo está muerto. Antes de matarle, destrozando su yugular le vaciaron los ojos. Ha sido algo horrible...

Hubo un silencio profundo. Frank Cole entornó los ojos, tratando de permanecer frío y sereno, controlando sus sentimientos. No debía de sentir odio hacia nadie jamás. El odio ofusca la mente y nubla el entendimiento, convirtiendo al hombre en una bestia peligrosa. Había aprendido esas y otras cosas al practicar *Artes Marciales.*

Pero ante el cadáver de Kyo, el criado oriental que les sirviera fielmente durante tanto tiempo, no podía por menos de sentir un fuerte deseo de devolver alguna vez aquel golpe a los asesinos. No sería venganza, porque el espíritu vengativo también era rechazado por los principios de nobleza de la lucha oriental y su código humano. Pero sí sería justicia.

— ¿Y el otro, tu amigo Ingram...? —quiso saber, clavando sus sombríos ojos en el rostro demudado de Lena.

—Está virtualmente muerto. Agoniza sin remedio. No podemos hacer nada por él. Pero aún queda algo de vida en su pobre cuerpo destrozado.

— ¿Puede hablar, decir algo, aunque sea por señas?

—No —negó ella con un suspiro—. Tiene destrozada la laringe. Difícilmente puede emitir sonido alguno. La boca se le llena de sangre cuando se esfuerza por decir algo. Aun así, quiere decirlo...

Cole miró su reloj. Hacía pocos minutos que sus servidores descubrieran la tragedia del exterior. Los sistemas de detección no acusaron lo sucedido en la calle porque sólo correspondían al área de la vivienda. Pero sí señalaren que Kyo no había abierto la puerta a nadie y, en cambio, había salido escalando la verja. Eso advirtió a los sirvientes de que algo ocurría.

Ahora, mientras esperaban la llegada de la ambulancia urgente, aunque era un recurso inútil, trataban de conseguir algo de los dos infortunados que hallaran en la acera, sobre su propia sangre.

—Espera —dijo Lena con voz fría—. Intentaré algo con Nat. Le conocí muy bien. Espero que él me comprenda aún... y yo a él.

Se, acercó al agonizante. Los ojos de Ingram, patéticos, miraron a su joven y antigua amiga de los tiempos duros en los bajos fondos. Incluso trató de sonreírle dulcemente, con labios espumeantes de sangre, mientras las pupilas dilatadas revelaban» horror. . y algo más.

Ese algo más, Lena estaba segura de lo que era: ansias de hablar, de decir lo que sucedía, de revelar el terrible misterio de aquella matanza...

—Escucha, Nat, viejo amigo —suspiró, sentándose junto a él—. Vas a tratar de hablar conmigo. Pero no lo intentes con sonidos. Yo hablaré contigo. Seré breve. Te diré letras, ¿Entiendes? Letras. Cada una que cite y que forme parte de la palabra que tú quieres decir, tú me la indicas con un parpadeo rápido. ¿Entendido?

Un parpadeo rápido fue la respuesta. Lena suspiró, rápido, rogando interiormente que hubiera tiempo suficiente de vida en Nat Ingram, para sacarle algo; la verdad que él pretendía revelar.

Comenzó la prueba. Tenía que ser forzosamente lenta. Pero los ojos angustiados del pobre Ingram, se clavaban en ella con una ansiedad que le hacía concebir esperanzas.

Esperanzas que se materializaron prestamente en dos letras: B y A.

Lena dudó. El había parpadeado en ambas. Le miró, vacilante, y notó un rápido asentimiento en su gesto. Siguió, y el parpadeo volvió en la letra T. Ya tenía tres letras: B-A-T. Luego, otra: la S.

Siguió, procurando hacerlo lo más rápido posible, ante las muestras de debilidad creciente del moribundo. Nuevas letras siguieron: K-I-L...

La nueva letra, fue otra L. Nueva duda de Lena, y nuevo asentimiento de Ingram. Prosiguió la prueba. Siguió una letra E. Luego, una R. Y una S. Las manos del infeliz se crisparon. Lena se las tomó con afecto. El las apretó fuertemente.

— ¿Eso significa una frase? —musitó Lena, consultando sus apuntes. Cambió una rápida mirada con Cole y Kwan Shang, que habían hecho sus propias anotaciones, y notó un brillo súbito en las grises pupilas de Frank.

La cabeza de Ingram asentía. Kwan hizo un gesto. Cole se anticipó:

—*Bats. Killers* —leyó—. Es correcto. Pero fantástico... (1).

—Pienso lo mismo —afirmó Lena—. Es lo que yo apunté... ¿Prosigo?

—Sí, por favor —una lejana sirena se oyó aproximándose—. Es la ambulancia. Pero si aún puede decir algo...

Lena lo intentó. Volvió a mencionar el alfabeto, incansable. Hubo nuevos parpadeos del moribundo. Las letras cayeron con rapidez creciente, como si el propio herido supiera que su tiempo, su vida,

terminaban por momentos:

—G... R... E... E... N... C... A... R... B... R... O... W... N... M... A... N... M... A... S... T... E... R... B... A... T., S... S... «... A... V... E... L... S... O... N... K... I... **L...** L...

Ahí terminó todo.

Los enfermeros entraron con las camillas., La policía iba con ellos. Pero ya era tarde. Los ojos vidriosos y muy abiertos de Nat Ingram, se habían quedado fijos, mirando a su amiga Lena. Los dedos de la mulata oprimían con calor las manos del infortunado amigo

Ingram había muerto. Sus ojos ya no veían nada. La ambulancia sobraba. Sólo podía conducirle, como al sirviente Kyo, directamente a la Morgue.

El teniente Dobkin se frotó el mentón, pensativo, desde la puerta. Su rostro, de piel tan negra como la de Ingram, revelaba una cierta confusión y aturdimiento.

(1) Bats. Killers: literalmente, en inglés, Murciélagos. Asesinos.

—Lo siento —dijo—. Veo que ya es tarde...

—Lo era de todos modos, teniente —suspiró Cole, consultando sus apuntes. Miró a Kwan y a Lena—. ¿Estamos todos de acuerdo? Leeré las palabras escritas: *Green car. Browrt man, master bats. Shavelson kilt...*

—Exacto —asintió Kwan Shang, enarcando las cejas sobre sus inteligentes ojos oblicuos.

—Sí, lo mismo —afirmó Lena, leyendo de nuevo la frase escrita —: *Coche verde. Hombre moreno, amo murciélagos. Shavelson...* imagino que el resto es el principio de la palabra *asesinado* [1].

—Seguro. Eso coincide con lo que nos dijo por teléfono... —apuntó Kwan Shang.

—Teniente, ¿quiere pedir al laboratorio que examine la piel de los dos cadáveres minuciosamente? —pidió Cole al oficial de Homicidios—. Y si encuentran pelos de murciélago... que nos lo hagan saber.

— ¡Claro! —dijo Dobkin, sarcástico—. Haré todo eso, Frank. Pero vosotros, ¿me diréis qué diablos pintan unos murciélagos en toda esta matanza?

—Si pudiera responderle a eso... —Cole inclinó la cabeza—. Por ahora, sólo hay lo que usted mismo acaba de oír. La última declaración de un moribundo, cuando ni siquiera podía ya hablar... Gracias, Lena. Obtuviste lo máximo. Espero que ello sirva, cuando menos, para que se haga justicia alguna vez en las muertes de tu amigo Ingram, de nuestro servidor Kyo... y también de Richard W. Shavelson.

— ¡Shavelson! —masculló Dobkin con sorpresa, pegando un respingo—. ¡Eh, ese tipo era alguien de gran importancia en esta ciudad y en Los Ángeles, así como en Sacramento...! Richard W. Shavelson, un grande de las finanzas... Y murió misteriosamente en un balneario de las cercanías de San Diego. Pero la policía de San Francisco está tan interesada como ellos en aclarar el asunto. ¿Qué sabéis en relación con todo eso?

—Tal vez nada. Pero puede abrir una puerta a algo más prometedor, teniente —sonrió amargamente Cole—, Pida al forense de San Diego que se ocupe de buscar también huellas de pelo de murciélago en la piel y ropas de Shavelson. Seguramente se llevarán una gran sorpresa... ¡Ah! También las heridas podrían tener huellas de secreción o saliva de esos animales...

— ¿Murciélagos? ¿Qué diablos significa eso? Los murciélagos no matan a nadie...

—Eso, nunca se sabe, teniente Dobkin —fue la enigmática respuesta de Cole—. Haga lo que le digo, por favor...

—Está bien, lo haré. Pero tendremos que darnos prisa. Está anunciada la inhumación de los restos mortales de Richard W. Shavelson para la tarde de hoy, en el cementerio católico de Los Ángeles...

—Quizá tengan que aplazar un poco la ceremonia fúnebre. Pero de algo puede estar seguro, teniente: asistiremos a esos funerales, no lo dude...

(1) Killed, en inglés, puede significar muerto o asesinado, ya que significa morir a manos de alguien. De ahí el comentario del personaje.

* * *

Era una quieta, recoleta zona umbría del bello cementerio católico de Los Ángeles, En torno, lápidas y cruces, ángeles y alegorías talladas en blanco mármol. Alrededor, árboles y setos. Y calma, mucha calma.

En torno al mausoleo esplendoroso de los Shavelson un reducido grupo de gente enlutada asistía en respetuoso silencio a las fúnebres ceremonias finales que acompañaban la conducción del cadáver a su última morada.

Estaba Jason Goldberger, socio judío del difunto Opale Shavelson, la esposa del magnate, Alvin, su joven y rubio primo, Broderick Cannon, su administrador general, y unos pocos amigos de la familia, Muy pocos y escogidos, ciertamente.

Algo más allá, cuatro personas asistían al funeral, entre la arboleda y los setos, alejados del grupo selecto de los deudos del fallecido.

Esos cuatro personajes eran Frank Cole, Lena Tiger, Kwan Shang... y el teniente de Homicidios de San Francisco, Alan Dobkin.

El sacerdote terminó las palabras de despedida al hombre que había abandonado ya este mundo, y el lujoso féretro de caoba, con crucifijo de plata, descendió a la cripta del panteón, en medio de un silencio impresionante.

Poco después, se sellaba y precintaba la puerta del mausoleo, y se daba por despedido el duelo, hasta la celebración de un funeral en un templo católico de Los Ángeles, días después. La comitiva enlutada se dispersó lentamente, camino de la salida.

También los tres *budokas* y el teniente de policía de la ciudad de San Francisco emprendieron la marcha hacia el exterior. Inesperadamente, fue Dobkin quien habló entre dientes, caminando muy cerca de Frank Cole:

—Los resultados fueron positivos.

— ¿Positivos en qué? —indagó Frank, volviéndose.

—Los pelos y la saliva de murciélago. Se halló en ambos casos: la muerte de Shavelson y la de Ingram y Kyo. Los tres cadáveres ofrecían residuos de saliva animal y de pelos gris oscuro. Eran de murciélago. Sin duda alguna.

—De modo que estamos en lo cierto. Los asesinos usan murciélagos. Amaestrados, sin duda. Murciélagos que matan.

— ¡Diablos!; pero... ¿por qué? ¿Y quién?

—No lo sé. Sólo ese detalle del *amaestrador more no.* No sabemos más.

— ¿Y el motivo?

—Ese... debe estar allí —señaló Cole al grupo enlutado.

— *¿Allí?* —pestañeó Dobkin—. ¿Eso qué significa?

—Nada concreto. Sólo una posibilidad. Cuando un multimillonario muere, ¿quién desearía matarle? Su esposa, sus parientes, sus socios... o sus competidores. Eso delimita el campo de sospechosos.

— ¡Cielos! ¿Y quién acusa a la señora Shavelson, al poderoso señor Goldberger, al honorable Cannon, abogado y administrador, o al joven pariente de vida alegre? Harían falta pruebas demoledoras para eso, Frank.

—Lo sé. Pero no se me ocurren otros sospechosos. No tendría lógica. Sin embargo, admito que el procedimiento es sofisticado en extremo: ¡murciélagos amaestrados! ... Parece obra de una mente enferma, delirante...

—Frank, el tal Shavelson nunca tuvo buena fama. Era un hombre duro, egoísta, ambicioso, intolerante y cruel. Ansiaba lo mejor, lo máximo. No importaba cómo. Si no era dinero, sería poder, autoridad... Así me lo han descrito los que le conocieron bien.

—Parece ser que últimamente, tras una enfermedad que le tuvo postrado, cambió radicalmente de carácter y se hizo más humano, más comprensivo y bastante menos ambicioso —comentó Cole—. Hemos comprobado eso. Se recluyó voluntariamente en un balneario, buscando su paz física y espiritual. Y justamente entonces, cuando su *Fundación* para el bien de la Cultura y del Arte era su gran sueño, y una forma de expiar viejas ambiciones desmedidas, le llegó la muerte...

—Una muerte violenta. Provocada.

—Quizá. Pero ¿por qué también ese negro y vuestro servidor?

—Muy fácil. El negro Ingram estuvo en el balneario. Se hicieron amigos. Fue testigo de la muerte. Quisieron silenciarle. Y no pudieron. No del todo. Ingram nos reveló su historia en parte. Kyo quiso protegerle, y fue víctima de esos murciélagos amaestrados... Ya antes nos habían atacado, usted lo sabe, teniente. Eran rufianes a sueldo. Enviados sin duda por los mismos que mataron a Shavelson.

— ¿Cómo relacionaron a Ingram con nosotros tres?

—Ingram hizo varias llamadas telefónicas desde el hotel, en nuestra ausencia. No les sería difícil, si le vigilaban de cerca, interceptar una de ellas, averiguar a quién correspondía él número... y tratar de evitar que viviéramos para ayudarle.

—De modo que nos enfrentamos a gente dura...

—Muy dura, diría yo —asintió Cole" secamente.

Estaban ya cerca de la salida. En ese, momento, se unían a la comitiva fúnebre que regresaba del panteón. Y, sorprendentemente, la señora Shavelson fue la que se volvió a ellos, parándose en seco.

—Usted es Frank Cole, de los *Dragones de Oro,* ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí —Cole la miró sin pestañear—, ¿Desea algo, señora?

—Sólo decirle unas pocas palabras, señor Cole —manifestó Opale Shavelson, la viuda del magnate—. Sé que ustedes eran amigos de Nat Ingram. Y Nat Ingram era un negro, un pobre hombre a quien mi esposo conoció en el balneario donde murió. Tengo su agenda conmigo. De su puño y letra consignó dos cosas: hacer un gran funeral a su amigo Ingram, que estaba sentenciado a morir en corto plazo, víctima de un mal incurable. Y dar su nombre a una beca de la *Fundación.* Quiero que sepan que ambos deseos de mi esposo serán respetados. Ya di las órdenes al respecto al presidente de la *Fundación,* Jason Goldberger, para que así se haga.

—Gracias, señora —suspiró Lena Tiger, emocionada—. Eso hubiese honrado enormemente a mi amigo Ingram. Y le hubiera hecho feliz. Muy feliz...

—Pues allá donde ahora esté, espero que sienta esa felicidad —ambas mujeres se miraron. Opale era pálida, rubia, de ojos muy azules. Todo un contraste con la morena y exultante belleza sensual de Lena. Pero ambas eran mujeres y se entendían bien por encima de esas diferencias de matiz físico—. También sé, por la policía, que hubo algo en común en sus muertes.

—Sí, señora —asintió Cole—, Si pudiéramos hablar de ello en otra ocasión...

—Sí, claro —terció, rápido, el gigantesco y poderoso Goldberger, el hombretón que iba a su derecha, llevando su brazo sobre los hombros de la dama—. Tendrá que ser en otra ocasión. Ahora no resultaría oportuno ni...

—Deja, Jason —cortó ella con triste sonrisa—. El señor Cole investiga algo, en torno a la muerte de mi esposo. Y yo deseo, tanto como él, que esa investigación llegue a feliz término. Le espero mañana, señor Cole. En mi propia residencia. A las diez en punto de la mañana. Quiero hablar con usted.

—No faltaré —prometió Frank, inclinándose cortés, al tiempo

que la fúnebre comitiva continuaba su marcha hacia la salida del cementerio.

Luego, él y sus amigos, junto al teniente Dobkin se encaminaron igualmente al exterior del camposanto, para regresar al centro de Los Ángeles.

El teniente se alejó en su propio coche, quedando citado con ellos para más tarde en un restaurante céntrico de la ciudad. *Los Tres Dragones de Oro* tomaron el suyo propio, enfilando la amplia carretera hacia Hollywood.

Atrás quedó el cementerio, el recuerdo triste del funeral. El cementerio donde quedaba, para siempre, el cadáver de Richard W. Shavelson. En otro cementerio, en San Francisco, al día siguiente, otras dos personas, Nat Ingram y el sirviente Kyo, serían igualmente sepultados, víctimas de la misma enigmática mano criminal.

Ahora, los *Dragones de Oro* buscaban una pista. Una pista hacia los asesinos misteriosos. Hacia unos murciélagos entrenados para matar, y un hombre moreno que los dirigía.

Y, sin duda alguna, hacia algo más. Mucho más, fuese elle lo que fuese. Todos lo intuían. El enigma no había hecho sino empezar. Y aun así, sus siniestras características, eran realmente escalofriantes. Precursoras de algo infinitamente peor.

Pero... ¿qué era ello? ¿Por qué estaba ocurriendo todo aquello?

Para esas preguntas, aún no había respuesta.

Frank Cole iba pensando en todo ello, mientras conducía hacia el centro de Los Ángeles. Cuando .detuvo el coche ante el hotel que ocupaban en la ciudad, y se dirigieron a él, aún pensaba en ello.

Un momento después, ya no podía pensar en otra cosa que en salvar la vida.

Porque de nuevo la Muerte hacía acto de presencia.

Pero esta vez, no en forma alada, como oscuros y feroces murciélagos amaestrados para matar. Esta vez, en forma de otro peligro tan cierto como aquél.

Y tan mortífero como el que más.

Capítulo V
¡DRAGONES DERROTADOS!

Desde el parking del hotel a las amplias puertas del mismo, había un amplio terreno de césped, rodeado de setos y arbustos, que los tres jóvenes *budokas* cruzaron con paso elástico, pensativa su expresión, sin que de momento esperasen nada anormal.

Sin embargo, de detrás de uno de los setos surgieron dos parejas de jóvenes, aparentemente enamorados, puesto que iban cogidos del brazo de forma amorosa, charlando entre sí en voz baja.

A sus espaldas, Frank Cole captó un leve roce en la hierba, y giró la cabeza, previsor, observando a un anciano sentado en un banco, y algo más allá un par de muchachos, no mayores de unos doce años, jugando junto a una fuente. Todo ello normal, apacible, cotidiano...

Sin embargo, se tensaron inexplicablemente los nervios del joven *karateka* de ojos acerados y cabellos dorados. Algo insólito ocurría en él, a la vista de aquellas personas completamente pacíficas, que vivían, ajenas a ellos, momentos de la más habitual y lógica de las ocupaciones.

Su instinto peculiar para el peligro le había avisado. Automáticamente, una luz roja había titilado, allá en el fondo de su cerebro, aunque en esta ocasión pareciese que de modo totalmente inexplicable.

Siguió caminando, junto a sus compañeros, sin hacer a éstos partícipes de sus preocupaciones. Sin embargo, apenas un segundo después, cuando alcanzaban el centro mismo de la zona ajardinada, fue Kwan Shang quien hizo un rápido giro de cabeza hacia su derecha, y Cole notó en ese simple movimiento una inusitada tensión, para momentos tan carentes de toda apariencia de peligro cierto.

Kwan Shang se quedó mirando a otros paseantes que, con toda calma y al parecer muy ajenos a su presencia en el lugar, charlaban entre sí de sus cosas, moviendo de vez en cuando sus canosas cabezas.

Eran dos ancianas de, oscuras ropas y aire tranquilo, como había muchas paseando por cualquier lugar del mundo donde brillara el sol como en aquel céntrico punto de Wilshire.

— ¿Qué pasa? —susurró Cole a su amigo.

— No sé —musitó éste—. Demasiados viejos, demasiados

enamorados, demasiados niños... Hay algo en todo esto que no me gusta.

—A mí tampoco —convino Cole, entornando los ojos cauteloso.

Lena les había escuchado. Miró, intrigada, en torno suyo. Hizo un leve encogimiento de hombros. .

—Yo diría que es normal —comentó—. Es casi mediodía, y hace un sol espléndido. ¿Qué otra clase de personas desocupadas se pueden encontrar en una plaza ajardinada?

Ninguno de ellos comentó nada. Siguieron su marcha. Solamente cuestión de unos cinco o seis pasos más. Luego, las cosas se cambiaron totalmente.

Los niños habían llegado hasta cerca de ellos, correteando, riendo en voz alta, con las cabezas bajas, hacia el suelo. Una pareja de novios estaba a sus espaldas. Y se habían cruzado inevitablemente con las dos ancianas, en su camino, junto al banco donde reposaba el hombre viejo.

Todo estalló a la vez. Como si estuviera perfectamente sincronizado.

Evidentemente, lo estaba.

Los niños se lanzaron a sus piernas con un repentino grito feroz. Las ancianas saltaron como si fuesen de goma y hubieran recuperado mágicamente su juventud, disparándose sus sombreritos y pelucas blancas al moverse. La pareja de jóvenes enamorados soltó sus manos y se precipitó sobre ellos. El anciano del banco, se puso en pie y cargó contra los tres *budokas.*

Era una emboscada. A plena luz del día, en el centro de Los Ángeles. Y una emboscada tan bien medida como eficaz. Tenían nada menos que nueve adversarios para ellos tres...

Pero no era la primera vez que eso sucedía en sus carreras, y aceptaron con rápida mentalización el peligro y la necesidad imperiosa de combatirlo, con todas sus armas. Que eran, estrictamente, su cerebro, sus brazos y piernas. Nada más. Y nada menos.

Los niños, obviamente, no eran tales, sino simples enanos, diminutos pero terribles luchadores orientales que, al hacer eficaz presa en las piernas de Kwan y de Cole, hicieron perder el equilibrio a éstos.

Lena Tiger, a su vez, se vio enfrentada a la joven pareja, que realmente era tal, pero que en la que tanto luchaba el hombre como la mujer. Ambos eran hábiles y despiadados conocedores de *Artes Marciales.* Pero su propósito no era luchar noblemente, sino de forma artera y sin escrúpulos. Aunque pronto comprendió Cole que su idea no era matar. Querían, por la razón que fuese, simplemente abatirles, con golpes contundentes pero no mortíferos. Los *atemis* o puntos

vitales mortales de necesidad no fueron atacados en ningún momento.

La lucha se generalizó. Los pies y piernas de los tres *budokas* se disparaban ya, en llaves y *katas* de sus respectivas especialidades, intentando liberarse de los molestos y peligrosos adversarios. Ya la segunda pareja se había unido a los demás, y eran tres los enemigos para cada uno de los *Dragones de Oro*.

Al principio, Cole había empezado la lucha con todas sus energías, pero con la seguridad de victoria que le daba su larga experiencia en tales lides, con enemigos muy superiores en número.

Sin embargo, esta vez algo empezó a fallar estrepitosamente. Los invictos *Dragones de Oro* empezaron a notar que la victoria no era tan sencilla como ellos estaban imaginando.

Se enfrentaban, realmente, a nueve auténticos colosos de la lucha, no importaba cual fuese su sexo o envergadura. Tanto los dos enanos como las dos mujeres y *los* presuntos ancianos, golpeaban y fintaban con una precisión demoledora.

Empezaron a hallarse en apuros cuando observaron que sus golpes se perdían, que aquellos nueve luchadores parecían adivinar previamente sus intenciones, y eludían los más devastadores y rápidos golpes de *karate, kung-fu o aikido* imaginados. La celeridad de reflejos y la precisión de movimientos de los tres formidables *budokas,* de nada servían ante aquella agilidad sobrehumana que comenzaba a aturdirles.

— ¡Cuidado! —avisó Cole roncamente, dirigiéndose a sus amigos, mientras se veía desesperadamente rodeado por brazos y piernas enemigos, golpeando inexorablemente su cuerpo, pese a sus movimientos veloces por eludirlos—. Algo sucede. Esta gente es mejor que nosotros... o hemos perdido eficacia, no lo entiendo.

— ¡Son unos diablos! —rugió con rabia Kwan Shang—. ¡Lo eluden todo, y pegan cuanto quieren, malditos sean!

—Na puedo entenderlo —susurró Lena, evitando un impacto en su mentón que la hubiera desvanecido en el acto, para lograr enviar contra un seto a uno de sus rivales, que ágil, elásticamente, se recuperó en seguida, volviendo a la carga con los demás—. Es como si nada les afectara... y pudieran prever nuestros golpes.

Alrededor del jardín, algunos curiosos se habían detenido, pensando acaso que se rodaba una película. En Los Ángeles, entre el cine y la televisión, debían de estar bastante habituados a todo eso.

Ninguno pensaba en intervenir ni en llamar a la policía. Después de todo, el espectáculo de los tres *Dragones de Oro,* luchando contra nueve personas tan ágiles y tan expertas como ellos en *Artes Marciales,* debía de ser todo un regalo para la vista. Nadie pensaba que aquello pudiera tener otro significado más siniestro que el de una aventura cinematográfica.

—Tendremos que huir —silabeó Cole, entre preocupado y sorprendido—. No hay otro remedio, muchachos... Salgamosˆ de aquí como sea. No me gusta esto.

No era tan fácil eludir el cerco atacante. Ni mucho menos. Lo intentaron dos o tres veces esterilmente. Pese a que Frank había utilizado el lenguaje chino para expresarse, y ninguno .de los atacantes era de esa raza, ellos parecieron adivinar de nuevo sus intenciones, y la presión agobiante de los atacantes se hizo aún más pegajosa.

Luego, de súbito, los golpes llovieron sobre ellos. Un ágil, fantástico *Mae-Jeri-Jodan* de uno de sus enemigos, le alcanzó de lleno en su *kinteki* u órganos genitales. Se desplomó en la hierba, desvanecido.

Kwan y Lena, angustiados, le vieron caer. Intentaron abrirse camino entre sus propios enemigos, para acudir en su ayuda. Pero ahora, de modo simultáneo, como si todo estuviera allí estudiado y previsto, los nueve en su totalidad cayeron sobre ellos. Pudieron evitar golpes y proyectar a algunos de sus poderosos rivales lejos de si, con formidables golpes y con agilidad de felinos. Pero habían llegado a su propio límite y lo sabían.

Por primera vez, los *Dragones de Oro* mordieron el polvo amargo de la derrota. Sus enemigos lograron hacer impacto en sus *atemis* decisivos. Lena Tiger notó un virulento y seco impacto en el plexo solar o *Kyo-Sen.* Cayó inconsciente, sin un solo gemido.

Kwan Shang, exasperado, derribó a dos enemigos con sendos golpes certeros, utilizando sus manos en forma de *Tao-Shou* o *cuchillo,* una de las más demoledoras formas del *kung-fu,* al golpear con la punta de los dedos, en un impacto preciso y punzante, que paraliza al enemigo.

Pero a cambio de ello, recibió un devastador ataque de dos *karatekas,* que le abatieron en la hierba. Cuando intentó incorporarse, medio aturdido, uno de sus enemigos cayó sobre él, en proyección, sus pies por delante, y le martilleó el rostro y cuello. Se derrumbó, inconsciente.

Los tres habían sido vencidos. Cargaron con ellos sus adversarios, lanzándose a la carrera hacia los límites de la zona ajardinada, mientras la gente seguía pensando que todo aquello era una simple peripecia tomada por las cámaras. Cuando alguien pensó que podía no ser eso, ya era tarde.

Una furgoneta de amplias dimensiones había recogido a los nueve vencedores y a los tres vencidos, cerrándose las puertas tras ellos, y partiendo el vehículo a toda velocidad, a través del tráfico del centro de Los Ángeles, en dirección a las afueras de la ciudad.

* * *

El teniente Dobkin esperó en vano esa tarde. Ninguno de sus tres amigos apareció por el hotel. Sorprendido, el policía llamó al número que Cole le dijera, y en el hotel le informaron de que ninguno de los tres estaba en sus habitaciones.

Ceñudo, preocupado, Dobkin se puso en contacto con la policía de Los Ángeles, cuando hubieron transcurrido dos horas más sin que hubiera la menor señal de vida de los *Dragones de Oro.*

La policía local nada sabía sobre ninguno de ellos tres. Pero notificaron a Dobkin de que había unas denuncias, por parte de unos ciudadanos que habían presenciado una insólita pelea en las proximidades del hotel dónde se albergaban los tres jóvenes *budokas.* Una pelea, precisamente, de lucha oriental, espectacular e increíble que, para muchos, era aún simple resultado de un rodaje cinematográfico.

Sólo que, hasta el momento, la policía de Los Ángeles no había localizado a productora alguna que rodase nada parecido, ni el Ayuntamiento de la ciudad había recibido solicitud alguna para que se autorizase un rodaje similar en plena calle, como se acostumbraba a hacer.

La preocupación del teniente Dobkin subió de grado cuando se le informó de que uno de los denunciantes había mencionado el hecho de que tres de los luchadores habían sido vencidos, y conducidos a una furgoneta, que se alejó con ellos y con sus vencedores, en dirección noroeste, como si se dirigiese a Glendale o Pasadena.

El teniente Dobkin se puso rápidamente en acción. No le gustaba todo aquello, y estaba empezando a temer lo peor. Era preciso, a toda costa, dar con sus amigos. Antes de que fuese demasiado tarde, y el feo asunto de los murciélagos asesinos y el magnate muerto en un balneario tuvieran una nueva tragedia que añadir a su ya siniestra historia.

Lo peor es que no sabía por dónde empezar. Por la sencilla razón de que, hasta entonces, sus tres amigos jamás habían sido derrotados por nadie en un enfrentamiento con recursos de lucha oriental.

Por vez primera, había que admitir algo que aumentaba considerablemente sus temores y preocupaciones: había alguien capaz de vencer incluso a los *Tres Dragones de Oro.*

Y lo peor es que lo había hecho.

* * *

Era un consuelo, después de todo.

Aún no habían muerto. La prueba evidente de ello, es que

acababan de recobrar el conocimiento.

Contemplaron sus manos esposadas, unidas al muro por una gruesa cadena. Pero también sus tobillos habían corrido igual suerte. No era fácil que, en tales condiciones, pudiesen recurrir a sus únicas armas para liberarse o para luchar.

Se miraron los tres, en silencio, tras recobrar lentamente el sentido y mirar en torno, para percatarse, cuando menos, del lugar donde se hallaban. A ninguno pareció decirle gran cosa la desnudez de aquellos muros, la ausencia de aberturas o ventanas, con la excepción de una puerta al fondo, herméticamente cerrada, y la carencia de cualquier otro sonido que no fuese el producido por ellos mismos en sus movimientos, al girar los eslabones de fuerte metal.

—Bueno, ¿y adonde hemos ido a parar? —se preguntó Kwan Shang en voz alta.

—Eso me gustaría saber —murmuró Cole.

—Lo único cierto es que hemos sido vencidos limpiamente —suspiró Lena Tiger.

Un doble asentimiento acogió sus palabras. Cole arrugó el ceño.

—Debo admitir que eran como diablos luchando —confirmó—. Demasiado rápidos, demasiado ágiles para ser luchadores normales, Lena.

— ¿Qué quieres decir?

—No lo sé ni yo mismo. Pero había algo raro en todo aquello.

—Y sigue habiéndolo en todo esto —terció Kwan—. ¿Por qué nos han traído aquí?

—No puedo saberlo, Kwan, pero algo es evidente,

— ¿Qué, Frank?

—No quieren matarnos. Por lo tanto, si se tomaron la molestia de traernos, es por una simple razón.

— ¿Cuál?

—Nos necesitan vivos.

Hubo otro silencio. Lena había movido la cabeza afirmativamente, la mirada pérdida en el vacío. Estaba acurrucada en el suelo de la desnuda estancia, su falda rasgada hasta las nalgas. Los muslos morenos que se veían eran realmente cautivadores por su turgencia.

—Sí, creo que tienes razón, Frank —dijo ella—. Como creo que esto se relaciona de algún modo con la .muerte de Shavelson, de Ingram y de Kyo.

En ese instante se abrió la puerta. Una figura apareció en ella, recortándose contra la cruda luz de la estancia vecina. Una voz fría, impersonal, pareció responder a cuanto habían estado hablando entre sí hasta ese momento:

—Su lógica es aplastante, mis jóvenes amigos. Tienen todos

razón. Les necesito vivos. Por eso están aquí. Y todo tiene que ver con Shavelson y su muerte.

Los tres miraron simultáneamente hacia aquella figura a contraluz, que tenía algo de majestuosa. Era alta, le rodeaba una especie de amplia capa que caía desde sus hombros en amplios pliegues, y sus ropas eran totalmente negras. Aunque vestía ropas de hombre y parecía serlo, la voz no respondía a sexo alguno. Era algo metálica, como distorsionada por algún instrumento metálico o lengüeta introducida en la boca, para deformarla y hacerla inidentificable.

Observaron que, tras el visitante, había unos hombres armados, vestidos igualmente de negro, con ropas muy ceñidas. Parecían ser su guardia personal.

— ¿Qué significa todo esto? —Frank pugnó en vano por ver su rostro. El contraluz era demasiado intenso para ello,

— ¿Su cautiverio? —una risa extraña, hueca y desagradable, desfigurada por el artilugio de metal, sonó en la estancia como si viniera del interior de un *robot*—. Lo sabrán muy pronto, estén seguros. Son ahora mis invitados, y como tales serán tratados. No teman por sus vidas. No ahora, ciertamente.

—No sabía que a los invitados se les tratara así —dijo Kwan, despectivo, mostrando las esposas y cadenas.

—Deben disculpar ciertos métodos. Pero ustedes son peligrosos. Aunque hayan sido vencidos por mi gente, siguen siendo peligrosos. Conviene tomar ciertas precauciones en casos así, compréndanlo. Personalmente, yo no podría vencer un ataque de ustedes. Y si tuvieran en sus manos al *Amo,* toda mi obra se vendría abajo.

— ¿Quién ha dicho? —mascculló Kwan.

—*El Amo* —repitió el extraño personaje—. ¿Les sorprende?

—*Amo* ¿de qué o de quiénes? —quiso saber Lena.

—De todo y de todos —de nuevo la cloqueante risa metálica, desde aquel rostro sumido en la sombra—. Yo seré el *Amo del Mundo* no tardando mucho. No lo duden.

Frank Cole se echó a reír. Era la suya una risa ronca, intencionadamente burlona, llena de desprecio hacia las palabras del misterioso interlocutor.

— ¡El amo del mundo! —repitió, sarcástico—. Ahora creo entenderlo...

— ¿Qué cree entender? —preguntó suavemente la voz metálica, sin que su dueño pareciese molesto u ofendido por su tono.

—Lo que es usted y lo que está haciendo. Es, sencillamente, un loco. Un maníaco como tantos otros. Hombres más grandes lo intentaron a través de la Historia: Aníbal, Alejandro, Napoleón, Hitler... Ninguno triunfó en su empeño. El mundo no se dejó dominar.

No tuvo amo. Sólo los locos y los estúpidos creen algo así.

—No me ofende usted, Cole —sonó apacible y fría la voz desde la mancha oscura de aquel rostro—. No puede hacerlo, por una razón muy simple: porque no estoy loco ni soy un estúpido. Dije la verdad. Toda la verdad. ¿Quiere una prueba simple? Verá, Cole... Usted y sus amigos conocerán la verdad en breve. Vengan. Les mostraré *cómo* voy a dominar el mundo. Serán los primeros en saberlo. Y aunque fuesen por ahí jurándolo, nadie les creería...

Hizo un gesto. Sus hombres entraron en la cámara, soltando las esposas y cadenas de los cautivos. Pero esta vez, armas automáticas muy modernas y sofisticadas se apoyaban en sus pechos. Eran subfusiles de último modelo. Costosas armas, que hablaban de organización, de dinero, de recursos abundantes.

—En marcha —dijo el llamado *Amo,* haciéndose a un lado—. Van a ser conducidos a mi santuario. Desde allí, asistirán a la primera demostración de mi poder sin límite...

De ese modo, fueron conducidos, con sus manos esposadas, hasta una estancia cercana. Hubieron de atravesar para ello una cámara fuertemente iluminada, pero a base de papeles de vidrio translúcido, de cruda claridad blanca, sin aberturas al exterior. Los muros aparecían plastificados o recubiertos de metal.

Todo aquello tenía la apariencia real de ser un refugio construido especialmente para *El Amo* y su gente. De nuevo se veía la presencia de dinero abundante, de fuertes medios a disposición de aquel posible demente.

Por un corredor de iguales características, vigilado por algunos hombres de negro uniforme, fueron a parar a otra cámara mucho más amplia, con sistemas de seguridad electrónica en sus puertas de metal deslizante, y por ella se les introdujo en lo que parecía una auténtica sala de controles digna de un filme de ciencia ficción...

Computadoras, una gran pantalla de televisión frente a ellos, paneles de mandos y archivos de memoria para los sistemas cibernéticos, una mesa dotada de controles diversos, y unos silenciosos individuos trabajando en otras mesas cercanas, ante pequeñas computadoras que accionaban con mecánica y fría eficiencia, sin alzar siquiera la cabeza cuando ellos entraron en el lugar.

Algo en todo aquel aparato, en aquel lujo de recursos, impresionó a Cole. Tal vez el hombre estaba realmente loco. Pero de algo no había duda: tenía dinero para construir y mantener todo aquello, y para contar con un pequeño ejército de servidores silenciosos a su mando.

Además, aún estaba por ver la demostración del hipotético poder de aquel hombre, a quien ahora podía ver cara a cara, sin dificultades.

Le contempló largamente. Enarcó las cejas. El rostro le era muy conocido, aunque estaba seguro de que jamás le conoció personalmente antes de ahora. Unos ojos penetrantes y fríos le contemplaban con astucia desde aquel rostro inmóvil, de sardónica sonrisa y vacía expresión.

— ¿Le sorprende algo en mí? —preguntó El Amo.

—Su cara —asintió Cole—. Sé que la vi en alguna parte, antes de ahora.

—Seguro. En los periódicos, en la televisión… Es muy conocida.

—Ahora la recuerdo —pestañeó Frank Cole—, pero usted no puede ser…

—Soy el que piensa —rió su interlocutor.

—No. El ha muerto…

—Sin embargo, vea mi rostro. No hay duda de ello, ¿verdad? Soy yo… Richard W. Shavelson… el futuro *Amo del Mundo.*

Capítulo VI
EL AMO

Sí. No había duda de ello. Era el rostro de Richard W. Shavelson.

El rostro de un hombre muerto. El mismo rostro que Nat Ingram conociera en el balneario, antes de ver llegar a los murciélagos asesinos. El rostro del magnate que había sido sepultado aquella misma mañana.

Pero Frank Cole sabía que podía haber tenido el rostro del mismísimo presidente de Estados Unidos, de la reina de Inglaterra, o de Jerry Lewis. Tanto daba cuál pudiera ser su cara. Era tan falsa como la voz metalizada que sonaba bajo sus apretados labios.

Un rostro de plástico.

Materia plástica, moldeable, adherida a una verdadera faz, oculta por aquella careta macabra de un hombre muerto, cuyo rostro conocía bien todo el país. Una treta absurda y siniestra. Ello demostraba que la mente del misterioso ser no funcionaba demasiado bien. Gozaba con la idea de sentirse poderoso. Ahora, imaginándose el propio Shavelson, tal vez estaba empezando a soñar con ser algo más, mucho más.

Nada menos que el *Amo del Mundo*. El sueño dorado —e inalcanzado— de grandes personajes de la Historia.

El hombre parecía adivinar cuanto pasaba por la mente de Cole, pero no hizo demostración alguna de sentirse molesto o disgustado por ello. Simplemente, les mostró le gran pantalla.

—Vean eso —dijo—. Es realmente lo que parece: una pantalla de televisión. Hay cámaras conectadas al exterior, a diversos puntos y zonas de la ciudad de Los Ángeles. Es sólo el principio. Estoy procediendo a ultimar mis planes para que otras cámaras sean situadas en otros lugares del país: Nueva York, Washington… Luego llegarán otros países también. Haré instalar más pantallas. Y podré ver en todas ellas, simultáneamente, el momento en que domine el mundo de modo definitivo, y los gobiernos y pueblos se sometan a mi poder.

—Es un buen charlatán de feria, pero nada más —gruñó Kwan Shang—, Todo lo que está diciendo, no tiene sentido. Suena a pura fantasía. A locura.

—Ahora verán que no es así —se limitó a decir con sorprendente

seguridad el extraño personaje. Alzó sus brazos, y la amplia capa negra se agitó, majestuosa, como si fuese la del propio conde Drácula. Había algo de teatral y rocambolesco en aquel ser. Pero a Frank Cole no llegó a causarle risa ahora.

Tenía la vista fija en el hombre de rostro falseado, dé simple máscara. Esperaba la demostración para juzgar. Ahora, a una indicación de su anfitrión, los hombres sentados ante los mandos accionaron éstos. Se iluminó la pantalla.

La imagen captada era amplia y nítida, en perfecto color: el City Hall de la ciudad, con un reloj cercano donde se veía la hora: las cuatro y diez de la tarde. Cole consultó su reloj automáticamente. Era la misma hora.

—Como ve, es una vista de la ciudad. Pueden aparecer otras; vea.

Hizo otro gesto. Cambiaron las imágenes. Apareció un cruce céntrico de Wilshire, una zona de Hollywood, una vista de Santa Mónica, con el mar al fondo.

—Muy bien —aprobó Frank, viendo circular a las gentes, bien ajenas a que eran tomadas por una cámara oculta, lo mismo que los vehículos de todo tipo—. ¿Y eso qué significa? Nadie domina el mundo por el simple hecho de tenerlo al alcance de su mirada.

—Aún no ha visto nada. Espere un momento.

Caminó con lentitud hacia el cuadro de mandos ante el que había un blanco asiento vacío. Se acomodó en éste. Sus manos se apoyaron en los teclados de control. Estaban enguantadas. Eran largas y ágiles.

—Es como ver de nuevo el *Fantasma de la Opera* —comentó Kwan Shang, sarcástico—. En cualquier momento, empezará a sonar el órgano de ese chiflado...

El personaje no demostró en absoluto sentirse herido u ofendido por los comentarios hirientes de sus prisioneros. O se sentía muy por encima de sensibilidades, o realmente creía en lo que estaba haciendo y despreciaba lo que opinasen los demás.

—Ahora, contemplen atentamente la pantalla. Sólo eso, por favor. La demostración ha de ser forzosamente breve. Cosa de diez segundos, no más.

Cole observó que pulsaba una serie de teclas, Luego, deslizó un panel, y emergió un botón rojo, que se iluminó. La mano enguantada fue a él. Lo pulsó, al tiempo que un cronómetro electrónico comenzaba a funcionar, iluminándose una pantalla fluorescente verde, con las cifras rápidas de los segundos que transcurrían.

— ¡Vean *ahora*! —tronó la metálica voz del *Amo*.

Todos miraron a la pantalla. Se quedaron sorprendidos.

Fue como si estuviesen viendo una película y la imagen de ésta

se hubiese congelado. Repentinamente, todo se quedó quieto, paralizado en la pantalla.

Personas, animales, coches… Todo.

La amplia vista del Citv Hall y sus alrededores quedó inmóvil, en imagen detenida.

La vida se había parado en Los Ángeles.

Rápidamente, saltó otra imagen. La de Wilshire. La situación era idéntica. Un perro, junto a una esquina, estaba totalmente quieto. Más allá, peatones y vehículos estaban como petrificados.

—«Eso es absurdo —protestó Kwan—. Una simple película detenida. Un truco torpe.

—No, Kwan. Mira *eso* —le replicó Cole sombríamente—. Los árboles, esas colgaduras, aquella bandera… Mira bien… También esas flores.,, y las ropas de aquella chica. Kwan y Lena lo hicieron. Sintieron un estremecimiento.

Frank Cole tenía razón. La gente, los coches, los animales, estaban petrificados, inmovilizados misteriosamente. Pero los árboles se agitaban con la brisa, igual que unas colgaduras, una bandera… Y unas flores se mecían con esa misma brisa. La falda de una joven, se había arremolinado ligeramente, pegándose a sus muslos. Y seguía moviéndose. Pero no su propietaria, rígida en medio de un paso de peatones, cuya luz del semáforo cambió en ese momento, sin que ni coches ni transeúntes cambiaran su actitud.

Pasaron rápidamente otras vistas. La de Santa Mónica, con el mar, fue la más expresiva de todas. El oleaje era claro, y no cesaba de producirse. Los barcos se mecían en el mar. Pero en la orilla, coches y gente estaban inmovilizados.

En el cronómetro, se marcó la cifra 10 en verdes signos electrónicos. Luego, hubo un zumbido, y el botón rojo se apagó, descendiendo a su cámara, que se cubrió en el acto. La mano del *Amo* se retiró.

En las imágenes, todo cobró vida de repente. La normalidad volvió a las calles. La gente iba y venía, los coches reanudaban su marcha. Nadie parecía haberse dado cuenta de nada, salvo en el leve aturdimiento de algún que otro conductor, cuyo coche había hecho una maniobra absurda al quedarse sin control.

Luego, la imagen se extinguió en la pantalla. Un pesado silencio reinó en la sala.

Siguió la risa metálica, suave y desagradable, del personaje de la máscara de plástico. Frank Cole le miró, sabiendo que debía de estar ligeramente pálido y demudado.

—Usted… usted DETUVO la vida unos segundos, ¿no es así? —preguntó seco.

—Exactamente diez segundos, ustedes pudieron vello. No hubo

truco. No era una filmación. Vieron moverse las agujas del reloj, las plantas, las ropas... Todo menos aquello que es vida animal.

— ¿Puede hacer eso cuando quiera?

—Puedo. ¿Se da cuenta? Dije la verdad, amigo mío. Puedo ser el amo del mundo. Cualquiera que poseyera ese recurso podría serlo.

— ¿Piensa hacerlo?

—Lo haré en su momento. Los ejércitos serán desarmados, las armas desarticuladas, los planes de defensa y las redes protectoras de la estrategia militar desmanteladas. Los ejércitos serán millones de estatuas. Los_ pueblos, silenciosas e inmóviles maquetas a tamaño gigantesco... ¿Aún me sigue considerando un loco?

—Tiene que serlo. Lo es quien sueña con cosas así. ¿Qué ganará con provocar esa paralización mundial? ¿Mandar sobre un planeta paralizado?

—Sólo durante el tiempo que precise desmantelar sus medios ofensivos y defensivos. Luego, con la amenaza de dejarles así para siempre, se someterán. Aceptarán mi autoridad plena. Seré dueño y señor de todo.

—No tiene sentido. Si es un delincuente con delirios de grandeza, le basta con apoderarse de todo el oro del mundo, de todas las riquezas imaginables, incluso de las obras de arte más preciadas...7 Todo será suyo, con sólo desearlo, como en los cuentos de hadas. ¿Por qué someter a pueblos v naciones a su absurda autoridad?

—Porque cuando se tiene dinero, se ambiciona más. Y cuando se tiene más, se ambiciona tener infinitamente más. Pero cuando se puede tener *TODO* el dinero del mundo sin esfuerzo... se desea el *Poder.* Se desea dominar a los demás, ser el más grande de la Tierra, el más poderoso y temido. Si no fuera por la embriaguez del poder, no habría políticos, ni tiranos, ni dictadores, ni tan siquiera reyes... Todo el que manda, tiene algo de loco. Si es así, yo soy el más loco de todos. Y no me molesta que me consideren así.

— Es una idea delirante —murmuró Lena Tiger—. ¿Cómo consigue eso, si es que realmente ha conseguido paralizar a la ciudad de Los Ángeles durante diez segundos?

—Ese es mi gran secreto —suspiró el misterioso personaje fríamente—. Pero les diré algo: ustedes siguen siéndome necesarios. Por eso siguen vivos. Por eso están ahora aquí. Por eso han visto lo que vieron.

—Es lo que menos comprendo. Un hombre con su poder... ¿qué puede esperar de nosotros tres?

—Lo van a saber muy pronto —dijo su anfitrión—. Vengan conmigo. Les invito a mi mesa. Allí hablaremos de todo eso...

* * *

Realmente, fue una buena mesa.

El Amo era un anfitrión que sabía atender adecuadamente a sus invitados, aunque éstos_ estuvieran a viva fuerza en su santuario. No les permitió despojarse de sus ligaduras, pero éstas fueron ahora de otra naturaleza, para permitirles comer con cierta comodidad. Las esposas eran más separadas entre sí, y su cadena mucho más delgada, aunque infinitamente más dura hecha de una aleación metálica particularmente resistente. No hubieran podido intentar evadirse o luchar, sujetos a aquel cautiverio.

Pero sentían apetito, e hicieron honor a los alimentos servidos, rechazando las bebidas con alcohol, como era norma en ellos. Su anfitrión les sirvió en su lugar un fresco zumo de naranja.

De no ser por las ataduras que les inmovilizaba en parte, cualquiera hubiera dicho que aquel almuerzo a horas tan tardías era un auténtico ágape entre buenos amigos.

Su anfitrión, sin embargo, no probó bocado. Se limito a contemplarles. Su rostro de plástico no hubiera podido accionar debidamente, para ingerir alimento: con facilidad. O cuando menos, no quiso hacerlo ante ellos, ni se despojó por un solo instante de la lengüeta metálica que hacía vibrar extrañamente su desfigurad; voz.

Al final, Frank Cole se echó atrás en su asiento y contempló con fijeza a su anfitrión.

—Bien —dijo—. Y ahora, sepamos la razón de todo esto. ¿Qué le hace mantenernos con vida, y recibir un trato relativamente correcto? ¿Por qué nos mostró si secreto?

—Tenía que hacerlo. Ustedes han visto de lo que soy capaz. Pero solamente han visto una demostración de diez segundos. Necesito hacer otra de mayor duración para impresionar al Gobierno norteamericano y exigirle una importante suma, a cambio de no extender esa fuerza paralizadora a Washington y Nueva York.

— ¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso? No pensamos ayudarle en absoluto.

—Veremos si piensa igual cuando terminemos esta charla —los ojos agudos y fríos que brillaban bajo la máscara de plástico representando el rostro de Richard W. Shavelson, el magnate muerto, centellearon ahora astutamente—. ¿Sabe por qué no he sobrepasa do esos diez segundos de experimentación?

—Mientras usted mismo no nos lo diga...

—La razón es sencilla. Dispongo de ese poder de forma muy limitada. Tanto, que apenas si podría paralizar la vida en esta ciudad durante un período máximo de tres minutos. Demasiado poco para amedrentar a nadie. Si lo hiciera, me quedaría a merced de ellos, porque agotaría mis posibilidades.

— ¿Necesita incrementar ese poder?

—Necesito mucha más cantidad de fuerza paralizadora. Pero no puedo crearla.

— ¿Por qué no? Si ya creó la anterior…

—Se equivoca. Yo no he creado nada. No soy un dios, ni tampoco un hombre de ciencia. Otro creó esa maravillosa fuerza, y se sintió aterrorizado de las consecuencias que podría tener si llegaba a ser utilizada por alguien en beneficio propio. Ni siquiera de los Gobiernos se fiaba. Ni del suyo propio. Y recurrió a mí.

— ¿Por qué a usted?

—Si se lo dijese, revelaría secretos que no puede usted conocer —rió el enmascarado—. Confórmese con saber que yo poseo dinero abundante, recursos capaces de financiar una obra científica de tal categoría.

Y

que su inventor acudió a mí, convencido de que yo podía ayudarle a orientarse, a buscar una aplicación pacífica y segura de su invento. Me entregó una pequeña muestra. Sólo unos pocos minutos de ese poder.

Y

nada más, Yo comprendí en seguida su alcance, Y planeé lo demás. Hoy en día, el inventor está en mi poder. He hecho lo imposible porque repita su obra y me proporcione más energía paralizadora.

— ¿Se niega a ello?

—No sólo eso. Sometido a ciertas drogas, hubiera colaborado dócilmente conmigo. Pero no pudo hacerlo ni aun en tales circunstancias. La razón es muy simple: en cuanto supo lo que había creado, trató de olvidar la fórmula. Y lo logró. No recuerda apenas nada. No sabe cómo repetir su experimento. Es perfectamente inútil, mientras no esté la fórmula en sus manos y su voluntad en las mías.

— ¿Y esa fórmula…?

—Eso es lo curioso: logré que recordase la mitad de ella. Su primera mitad. Es algo que hizo intencionadamente. Grabó en su mente la primera fase de la fórmula, y olvidó el resto. Ahora, esa segunda parte está en otra mente humana.

—Y usted no sabe cuál es.

—Se equivoca de nuevo: sé *quién* posee los conocimientos precisos de esa segunda fase.

—Entonces, nada más fácil para un hombre de sus recursos.

Apodérese de esa persona, y obtenga el secreto. Será usted entonces el posible *Amo del Mundo* que sueña.

—No es tan fácil. Sé quién es la persona que conoce el resto de la fórmula. Pero no sé *dónde* hallarla.

—Insisto: un hombre de sus recursos puede hallar a quien quiera. No es problema, supongo.

—Supone mal. Lo intenté todo. La persona que posee la fórmula en su segunda fase... es una mujer.

— ¿Una mujer? —pestañeó Lena Tiger, interesada.

—Eso dije, sí. La sobrina del hombre que inventó esa energía.

—Una mujer puede ser todavía más fácil de hallar que un hombre. Yo, en su lugar, no me preocuparía demasiado —dijo Cole, meneando la cabeza—. Por desgracia, parece tener usted todos los triunfos en su mano.

— ¿Es que no se da cuenta? Cuando hablo así, es porque todo ha fallado hasta ahora, porque ella ha adoptado otra personalidad, ha alterado su rostro, su apariencia toda... Ella *sabe* que yo tengo en mi poder a su tío, y que su persona es la clave que ando buscando. Ella no quiere entregarme el gran poder que su mente conserva, y lucha por derrotarme. Hasta ahora, lo está consiguiendo. Es terriblemente astuta y está dispuesta a todo. Sabe que si cae en mis manos, no podrá resistirse a un tratamiento mediante drogas, para que hable aun contra su voluntad.

—De modo que chocó con una chica muy lista, ¿eh? —rió Lena Tiger.

—Demasiado lista. Sólo ha cometido un error en su vida.

— ¿Cuál es?

—Intentar comunicarse con ustedes tres.

— ¿Cómo? —pestañeó Frank Cole, sorprendido.

—Lo que ha oído. Tengo controlado su teléfono. Así supe que Nat Ingram iba a establecer, contacto con ustedes tres. Del mismo modo, captaron mis instrumentos electrónicos, de alta sensibilidad, la modulación de una voz fingida, que dejaba un mensaje en su grabadora automática de llamadas, diciendo que volvería a comunicarse con ustedes en breve plazo. Esa voz, pese a su alteración intencionada, fue detectada e identificada por mi computadora como perteneciente a la mujer, que estoy buscando. De modo que ya sé algo sobre ella: va a comunicarse con ustedes, en San Francisco, no tardando mucho. Volverá a insistir, porque necesita ayuda, sin duda alguna, y sólo se fía de ustedes tres, por su fama de protectores de las personas en apuros. En suma: ella irá a ustedes. Yo no necesitaré buscarla más.

—Y usted espera que se la entreguemos, atada de pies y manos —dijo secamente Kwan Shang.

—Exacto —rió su anfitrión, duramente.

—No sabe lo que dice —replicó Frank Cole son sequedad—. No va a lograrlo. A ningún precio. Y creo que lo sabe. No le entregaríamos a esa mujer por nada del mundo, y menos sabiendo para lo que es.

—Mis queridos amigos, ¿creen que hubiera sido tan tremendamente sincero con ustedes tres, descubriéndoles mis cartas, si no supiera que *PUEDO* contar con su ayuda en este asunto, quieran o no? —fue la burlona réplica del *Amo*.

Los tres cambiaron entre sí una mirada rápida y significativa. Todos ellos creían entender perfectamente la intención oculta en las palabras de su interlocutor. Y los tres, al unísono, habían pensado lo mismo. No necesitaban hablar, cambiar impresiones entre sí, para saberlo a ciencia cierta.

—Escuche esto: si está pensando en coaccionarnos, amenazándonos con la muerte de alguno de nosotros, con utilizar uno o dos rehenes para que el otro o los otros cumplan la sucia tarea de entregarle a esa mujer, está en un grave error —silabeó Frank Cole, duramente—. No vamos a transigir en ello. No cederemos. Darle a usted ese triunfo, implicaría darle lo que está buscando. El precio a nuestra cobardía sería demasiado grande. Caiga quien caiga de nosotros tres, los demás permanecerán inmóviles y sin ayudarle, esté seguro de ello. No trate de coaccionarnos. Si suelta a uno de nosotros y deja dos rehenes bajo amenaza de muerte, ya podrá ir pensando en matarles. El que libere, no hará nada de nada. Es un pacto mutuo que jamás romperemos por nada ni por nadie. Aceptamos la muerte como algo inevitable y que forma parte de nuestros riesgos. Si conociera nuestra mentalidad, sabría lo que quiero decir.

—Y lo sé —rió el otro—. Lo sé, amigo Cole. Yo sé muchas cosas. Del mismo modo que supe que ustedes iban a meterse en esto y encargué que les atacasen un puñado de matones de segunda fila, forzado por las prisas. Del mismo modo que supe que Richard YV. Shavelson debía desaparecer de este mundo, para que la *Fundación* no tuviera su control, y el dinero que de ella se evade, fuese a parar limpia y fácilmente a mis manos... Sí, claro que no soy más que un simple rostro de plástico representando a Shavelson, no es ninguna novedad. Ustedes no iban a creerse, semejante tontería. Pero me gusta hacer este juego. ¿Saben que Shavelson sospechaba que alguien malversaba fondos de su *Fundación,* e iba a iniciar una investigación? Por eso los murciélagos amaestrados para matar, propiedad de un curioso criminal eslavo, actuaron sobre él, igual que sobre Ingram, el testigo, aunque demasiado tarde para evitar que ustedes entraran en el juego. Luego, comprendí que podía beneficiarme de eso, puesto que mi joven y astuta presa iba a ir a pedirles ayuda, precisamente a

ustedes ti es. Sí. Cole, yo sé muchas cosas, y lo preveo todo. Ningún necio podría aspirar a ser quien dominase el mundo. Y yo lo dominaré en breve. Demostraría ser muy estúpido si pensara que ustedes iban a ceder a una coacción así. Están mentalizados para morir, y no le dan demasiada importancia a esa posibilidad. Muy bien. No les amenazaré en absoluto. Pero ustedes tres... ¡me traerán a esa chica hasta mis propias manos!

Su seguridad era impresionante, pese a todo. Frank Cole hubiera querido mofarse de su anfitrión, pero no se sintió con ánimos para ello.

Por el contrario, mantuvo su fría mirada fija en él, como esperando algo más.

Algo que no sucedió.

Porque de repente, *El Amo* se irguió, poniéndose majestuosamente en pie, les contempló fríamente y manifestó con frialdad:

—Bien. Ya hemos hablado bastante, amigos míos. Regresen a su cámara.

— ¿Renuncia, acaso, a utilizarnos para sus planes? —vaciló Cole, inseguro.

—No —rió el otro, sarcástico—. Ni mucho menos. Lo demás es cosa mía. Ahora, serán devueltos al lugar donde recobraron el conocimiento. Pero no les quepa duda alguna: ustedes van a colaborar conmigo. No podrán hacer otra cosa...

Hizo un gesto, y fueron encadenados con mayores precauciones, para ser luego conducidos a la cámara de desnudos muros. *El Amo* les vio partir, con una inclinación cortés, de despedida.

Sin pronunciar palabra, los tres camaradas se encaminaron a su encierro, rodeados de los servidores de negros uniformes y armas automáticas. Una vez solos, se miraron de nuevo entre sí, preocupada la expresión.

— ¿Qué crees que va a suceder, ahora? —preguntó Kwan Shang, inquieto.

—No lo sé. Ni me gusta imaginarlo. Está demasiado seguro de sí mismo. Me preocupa...

—Pero nosotros no vamos a ayudarle en su monstruosa idea... —apuntó Lena.

— ¡No, claro que no! —rechazó vivamente Cole—. Sin embargo... me da miedo ese hombre. Ciertamente, sigo pensando que es un loco. Pero un loco muy peligroso, que oculta algún triunfo en su manga... Algo capaz de vencernos a nosotros mismos, como sus luchadores nos vencieron ya una vez, contra todo pronóstico. Pero ¿qué es ello?

Se dejaron caer en el suelo, uno a uno. Un lento, irresistible

sopor, se iba apoderando de los tres. Intentaron luchar contra esa paulatina somnolencia, pero no les fue posible.

Momentos después, se cerraban sus párpados, se relajaban sus músculos, y. se hundían en un sueño tan súbito como extraño.

Capítulo VII
EXTRAÑO REGRESO

—No tiene sentido. Pero ha ocurrido, Lena.

Ella asintió, mirando en torno con inquietud. Aún no podía entenderlo.

—Estamos… estamos en casa… —musitó ella.

—Eso es. De vuelta, en San Francisco. Pero ¿cómo, por todos los diablos?

Se incorporó del sofá donde había despertado, en el interior de su propia vivienda. Si *El Amo* había logrado algo así, es que era capaz de todo. Aquel hombre empezaba a asustarle. Pulsó un llamador. Uno de sus servidores acudió rápido.

—Explícame esto —dijo Cole, secamente—. Lena, Kwan y yo hemos despertado aquí, en este gabinete ¿Por qué? ¿Qué sabes de nuestro regreso?

—No mucho —sonrió el servidor oriental, solícitamente—. Lo que usted mismo me dijo, señor.

—Yo dije…, ¿qué? —interpeló Frank Cole, vivamente.

—Fue cuando llamaron. Estaban fuera, ante la casa, en su automóvil. Volvían de Los Ángeles, y querían entrar y reposar en el gabinete un rato, hasta encontrarse mejor. Usted mismo me lo dijo. .

— ¿Veníamos… veníamos *conscientes* los tres? —interpeló Kwan, palideciendo. —Por supuesto. ¿Es que ya no lo recuerdan? —se asombró el criado.

—No, no lo recordamos. Alguien nos está jugando a todos una mala pasada, Wong —masculló Kwan Shang, irritado—. ¿Nadie nos acompañaba?

—Absolutamente nadie, por supuesto. ¿De vertía d se encuentran bien?

—Sí, Wong, gracias. Puedes retirarte —suspiró Cole, dejándose caer en el sota, con desaliento.

Una vez solos de nuevo los tres, el silencio se apoderó de ellos. Todos pensaban en lo mismo, pero no comentaban nada al respecto. De repente, Cole se incorporó, dándose un leve golpe en la frente.

—Ya está —dijo.

—Ya está… ¿qué? —demandó Lena, sorprendida.

—Hipnosis.

— ¿Qué? —gruñó Kwan.

—Hipnosis, Kwan. Ese hombre posee recursos abundantes. Ya le oíste. Admitió que es alguien que gozó de la confianza de Richard W. Shavelson. Un dirigente de sus negocios, o de la *Fundación,* solamente. Malversó millones. Construyó todo eso, se apoderó de un científico acogido a la *Fundación,* ante quien se haría pasar por el propio Shavelson, gracias a una máscara plástica... Con menos luz que en ese refugio la ficción resultaría. De modo que también poseerá, en la *Fundación,* a personas capaces de utilizar modernas técnicas de hipnotismo y control de la voluntad. En una *Fundación* así se acogen investigadores y científicos de todo tipo. Sabemos que utiliza drogas que reducen la voluntad del individuo. No le costaría obtener un perfecto hipnotizador, seguro. Y nos redujo a simples marionetas por un tiempo, enviándonos aquí. Ahora nos hemos recuperado de esa hipnosis. Y él, sin duda, debe estar riéndose de su propio poder, que ha demostrado sobradamente con nosotros, burlándose de los tres abiertamente.

—De modo que nos narcotizó previamente con algún gas, nos hipnotizó y nos envió a San Francisco de regreso... —meditó Lena—. ¿Para qué, Frank?

—Muy sencillo: para entregarle a esa muchacha a quien busca, la sobrina del inventor de la energía capaz de paralizar una ciudad. O un planeta, si cuenta con dosis masivas de ella.

— Pero si ya no estamos sometidos a hipnosis, ¿cómo espera que le entreguemos a su víctima? Y ahora hemos recuperado la consciencia...

—Lena, él sabía que no podíamos vivir en trance hipnótico, indefinidamente. Sólo utilizó ese recurso para traernos aquí, liberados.

— Entonces, ¿cómo espera que actuemos a su servicio, ahora? —objetó Kwan Shang.

—No lo sé. Pero lo cierto es que lo espera, o no se hubiera molestado tanto. Me preocupa eso...

—Yo no me preocuparía —dijo Kwan—, Lo importante es que estamos libres...

— ¿Realmente *libres?* —dudó Cole, arrugando el ceño—. ¿Puede uno quedar fácilmente libre de un ser así? Es un loco, ciertamente. Pero un loco inteligente, astuto y calculador. Dueño de recursos inmensos, si posee la fortuna de Shavelson o de su *Fundación,* al servicio de sus ideas demenciales, así como toda clase de ingenios e inventos proporcionados a la *Fundación* por los becados, o por quienes esperan ayuda financiera para sus trabajos.

—Cuando menos, podemos estar seguros de algo: no seguiremos su juego ni le entregaremos a la muchacha —dijo Lena, con energía—.

¿Qué piensas hacer, Frank?

—Lo único que está en nuestras manos, ahora —Cole fue al teléfono, para vacilar, mirándolo con fijeza—. Pero no por la vía normal. Recuerda que tiene controlado ese teléfono desde hace algún tiempo… No puede, sin embargo, controlar el radioteléfono especial. Cambiaremos la frecuencia, de todos modos, y utilizaremos el código especial para comunicarnos con la policía federal. Ellos deben saber, cuanto antes, lo que sucede. Esté asunto es demasiado serio para nosotros solos.

—Dobkin estará aún en Los Ángeles, buscándonos… —recordó Kwan de repente.

—También comunicaremos con la policía de Los Ángeles y de esta ciudad —asintió Cole, pensativo—. Aunque, no sé por qué, tengo la rara impresión de que todo cuanto vamos a hacer entra dentro de la más pura lógica y, por tanto, no podrá ser nada eficaz, va que *El Amo,* sin duda, habrá previsto que sea eso, justamente, lo que hagamos al llegar aquí y vemos en nuestra propia casa.

— ¿Quieres decir… que todo está ya previsto, y ese hombre guarda una carta en su jugada?

—Es lo que me temo. Pero ¿qué carta será? Si pudiera imaginarlo siquiera… —y Frank Cole, resueltamente, extrajo el radioteléfono del muro, comenzando a hacer las llamadas al FBI, a la policía de Los Ángeles y a la de San Francisco, para localizar al teniente Dobkin e informarle, para solicitar datos sobre la *Fundación Shavelson* y sus inventores y especialidades, así como sobre un determinado científico desaparecido, que podía ser físico o químico, y que poseía una sobrina, también desaparecida últimamente:

Tras hacer todos esos contactos, regresó el radioteléfono especial al fondo del muro, y se volvió a sus dos amigos. Kwan y Lena, en silencio ambos, parecían tan preocupados como él mismo, como si también ellos intuyeran la presencia de algo maligno, invisible, presente allí dentro, en la estancia, ahora mismo…

—Ahora debemos hacer algo más —dijo Frank—. Pero también debe haberlo previsto.

— ¿Qué es ello?

—Ahuyentar a la muchacha, de nuestra proximidad —dijo Frank Cole, escuetamente—. Obligarla a que no se acerque aquí. Que permanezca oculta, esté donde esté, bajo la identidad que sea…

— ¿Cómo puedes hacerlo?

—Por el medio más sencillo: prensa, radio y televisión. Un mensaje pagado. Publicidad, Lena. Para su aparición inmediata en todos esos medios de difusión.

—Es lo más eficaz —admitió Kwan, sorprendido—.

Pero si ella no acude, ¿por qué ese tipo nos ha dejado en libertad

de obrar así?

—Eso es lo que me extraña, Kwan. Y lo que me inquieta tanto... —confesó Frank Cole, con gesto sombrío, disponiéndose a redactar el texto publicitario.

* * *

Tanto la Prensa del día, como los boletines de radio y televisión, transmitieron por toda la costa de California el extraño mensaje firmado por los *Tres Dragones de Oro.*

Era un simple espacio publicitario, y por ello, confiaba Cole en su eficacia. Los periódicos lo insertaban en primera plana, bajo las noticias importantes, en un recuadro. Ella no podía dejar de verlo:

> «ATENCION A QUIEN INTENTA COMUNICARSE CON NOSOTROS: NO SE APROXIME A NUESTRA CASA NI A NUESTRAS PERSONAS BAJO PRETEXTO ALGUNO. HAY PELIGRO. NO SE FIE DE NADA NI DE NADIE. HAY QUIEN ESPERA QUE VENGA.
>
> *»LOS TRES DRAGONES DE ORO.»*

La intención estaba clara. La misteriosa sobrina del no menos misterioso inventor, no podía dejar de entender la naturaleza real de aquel peligro: Pero eso no tranquilizaba a Frank Cole, que seguía preguntándose por qué les permitían actuar como lo estaban haciendo, a sabiendas de que intentarían ahuyentar la caza.

Por la tarde del día mismo en que apareció el texto publicitario, el teniente Dobkin visitó a los tres *budokas.* Parecía tan desorientado como furioso.

—Frank, esa historia que me contó la policía de Los Ángeles es ridícula... —farfulló al entrar—. No podéis creer seriamente que un tipo pueda paralizar la vida totalmente cuando lo desee…

— ¿Comprobaron esos diez segundos de error en alguna actividad? —fue la réplica indiferente de Cole.

— ¡Infiernos, sí! —gruñó el policía de mal humor—. La radio, la televisión y un partido de básquet sufrieran un lapso de diez segundos, que no saben a qué atribuir, pero eso es todo...

—Suficiente —suspiró Cole—. Es la prueba evidente de que no presenciamos ningún truco, sino un hecho cierto. Durante diez segundos, ese hombre dominó la ciudad de Los Ángeles, como puede llegar a dominar el mundo. No se puede, eso tomar en broma, Dobkin.

— ¿Qué, quieres? ¿Que se diga a todo el mundo lo que pasó, y

cunda el pánico?

—No. Supongo que, si no ocurre algo peor, jamás nadie en el mundo llegará a saber que la vida de la dudad de Los Ángeles se detuvo durante diez segundos. Pero hay que hacer algo. Y pronto. O el próximo experimento significará que el oro de Fort Knox y el tesoro del Banco de Inglaterra pasan a poder de nuestro amigo. Y luego, sería el mundo entero el que pasara a ser suyo. ¿Se sabe algo sobre lo que solicité, acerca de la *Fundación Shavelson* y de los inventores a ella acogidos últimamente?

—Sí. Traigo todos los datos —afirmó Dobkin, abriendo una agenda—. La *Fundación* está regida por Jason Goldberger, el socio de Shavelson, ese tipo alto y fuerte. Pero controlan sus actividades y finanzas la viuda Shavelson, el primo Alvin y un comité de financieros asesores, que nombró el propio Shavelson.

—De modo que no hay facilidad para malversar fondos...

—A menos que el tipo que lo haga sea un genio... pues no.

—Sin embargo, ese hombre no mentía. El dinero sale de la *Fundación,* ¿pero cómo?

—Richard W. Shavelson tenía un hermano en sus negocios, pero éste era demasiado idealista v no compartía las ambiciones financieras de su hermano, de modo que se apartó de toda labor en las empresas, y fue baja en el Comité de Control de la Fundación, Ese hermano se llama Howard, y no se sabe, ahora, dónde está. Lo digo por si puede tener algún interés...

—Quizá lo tenga. Pero si está al margen de la *Fundación,* veo difícil que haya podido apoderarse de nada, y menos aún si dimitió por no ser un financiero nato, carente de escrúpulos.

—Su hermano Richard, últimamente, parecía lamentar no haber comprendido a Howard y se había humanizado bastante. Por eso centraba todos sus afanes en la *Fundación* y en su obra, olvidándose de los negocios, que seguía dirigiendo Goldberger, su socio.

—Bien. Se puede investigar a toda la gente que rodeaba a Shavelson, pera ¿qué hay sobre los inventores que buscamos?

—Existen algunos que, ciertamente, tras establecer relación con la *Fundación Shavelson,* han desaparecido virtualmente de la circulación, aunque nunca se les consideró particularmente importantes.

—Es lo malo del mundo. Nunca cree en un genio hasta que éste demuestra serlo. Adelante ¿quiénes son ellos?

—Hay una larga lista: ingenieros electrónicos, parapsicólogos... y un solo físico: el profesor Earl Overton. Que, además, tenía una sobrina, Leilah Overton, actriz cinematográfica. Estaba empezando su carrera, y desapareció poco tiempo después que su tío, el profesor Overton. No se sabe nada de ninguno de los dos. Son los únicos que

encajan en lo que pediste.

—Earl Overton... —repitió Cole, pensativo—, ¿Se sabe en qué actividad trabajaba, últimamente?

—Aquí tengo anotado algo, pero yo no me ocupo nunca de asuntos científicos. Dice que presentaba una teoría sobre la posibilidad de control mental a larga distancia, mediante ciertos rayos energéticos existentes en la Naturaleza, activadas adecuadamente mediante un tratamiento de las ondas mentales, concentradas en algo así como una proyección masiva de radiaciones magnéticas...

—Radiaciones magnéticas masivas, actuando sobre la mente a distancia... —recitó, despacio. Cole. Sus ojos brillaron—. ¡Sí, es eso! Ahora entiendo la clase de energía que manipula ese hombre. No es ningún rayo paralizador fantástico, sino la propia fuerza mental, controlada a distancia por radiaciones... Es obvio que si uno hace parar totalmente un cerebro, toda vida se detiene también. El cerebro controla movimientos, pensamientos, ideas, voluntad, consciencia... Todo. Si el cerebro se detiene, se detiene la persona, el animal... y se produce esa parálisis total que vimos en la pantalla.

—De modo que el invento actúa sobre las mentes de todos los seres humanos y todos los animales...

—Todos los que abarca el campo de radiaciones provocadas por acumulación de poder mental. Sí, eso es evidente. Por tanto, posee también a alguien que es un gran conocedor de la mente humana, el mismo que nos hipnotizó a nosotros. Y esa mente, activada mediante unos estímulos de cierta fórmula física, actúa sobre los demás, multiplicando sus propias ondas mentales... Así se explican, también, muchas otras cosas.

— ¿Qué cosas?

—La rapidez mental de nuestros enemigos de Los Ángeles, los luchadores de excepción... Sus cerebros eran fulgurantes al lado de los nuestros, porque sobre ellos actuaba la energía mental de alguien situado a distancia. Nosotros fuimos como juguetes en sus manos. Y mucho me temo que sigamos siéndolo ahora, puesto que estamos haciendo justamente lo que ellos quieren que hagamos...

— ¿Estás seguro? —dudó Dobkin—. Ahora sabemos que la *Fundación* es la clave, que esos científicos desaparecidos son los que buscamos, que la chica es Leilah Overton, que ella no acudirá aquí tras esa campaña que has realizado para alejarla de vosotros... ¿Qué ganará ese loco con todo ello, si necesita a la chica porque mentalmente conserva la segunda parte de la fórmula de su tío, el profesor Overton?

—No lo sé aún, pero todo eso forma parte de su juego, es evidente. El sabe que no podemos obrar de otro modo, y sigue esperando… pero esperando ¿qué?

—Sinceramente, Frank, no entiendo una palabra. Espero que el FBI nos ayude, en esto, de alguna forma, o terminaré volviéndome loco.

—Cabe la posibilidad de que *El Amo* no pensara en que tuvieses una idea así, para alejar a la chica, Frank —sugirió Lena, pensativa—. Eso explicaría su afán de liberarnos, para que Leilah Overton se pusiera en contacto con nosotros lo antes posible...

—*El Amo* no puede dejar de pensar en que obraríamos como lo hemos hecho. Por tanto, no hay duda alguna al respecto: a él, de alguna forma, le beneficia esto. Y es lo que buscaba.

—Aún puedes rectificar y pedir que Leilah Overton venga a ti — apuntó Kwan.

—"No, no. Ella ya habrá leído ese mensaje y no se fiará de nadie. Seguirá oculta, en guardia, sin fiarse ya de nadie, ni siquiera de nosotros

—Entonces, todo eso carece de sentido —gruñó Dubkin, camino de la salida—. Llamadme si hay algo nuevo. Usad el radioteléfono, por si acaso.

—Así lo haremos —afirmó Cole, mientras seguía meditando en torno al asunto que torturaba su mente—. Y haga como nosotros, teniente. No se fíe de nada. Ni de nadie.

El policía de color salió de la casa con expresión de enorme perplejidad. Los tres jóvenes *budokas* volvieron a quedarse solos, reflexionando sobre todo cuanto estaba sucediendo. En torno suyo, parecía aletear un siniestro peligro intangible, que Frank Cole pretendía, en vano, localizar y definir.

—Es inútil —dijo al fin, desesperadamente, poniéndose en pie—. Vamos allá. Hay que practicar un poco en el *tatami.* Tal vez el ejercicio habitual relaje nuestros nervios y nos haga ver más claro, amigos míos...

Asintieron Lana *y* Kwan, siguiéndole hacia el particular *dojo* que, para la práctica de sus conocimientos de las luchas orientales tenían los tres camaradas.

Momentos más tarde, sobre el *tatami,* se enfrentaban los tres entre sí, en un intercambio de técnicas de lucha, olvidándose por completo de los problemas que les atormentaban, bajo la concentración mental que exigían sus respectivas especialidades.

Viéndoles allí, con sus livianas y amplias ropas, con los cinturones de sus respectivos grados y disciplinas, enfrentándose limpia y felinamente en una serie de *katas* y ejercicios complicados que tuvieran en forma sus músculos, su mente y su espíritu, nadie hubiera imaginado que pudieran hallarse inmersos en tan extraño y desconcertante asunto. Ni que las preocupaciones que invadían su mente fuesen tantas y tan complejas.

Luego, con la ducha reparadora y el olvido de los ejercicios practicados, volverían sin duda las preocupaciones y las incertidumbres. Pero ahora habían dejado todo eso a un lado, para entregarse en cuerpo y alma a la disciplina que había hecho de sus vidas una generosa entrega total al prójimo; un servicio constante y desinteresado a las más nobles y puras aspiraciones que el ser humano puede tener en la vida: la ayuda a los demás, la ausencia de egoísmo y de mala fe. El hallazgo del *Do* o *Camino.* Y con él, el encuentro de sí mismos.

* * *

Terminó el ejercicio. Sudorosos, se inclinaron unos ante otros, en la inevitable ceremonia final de todo enfrentamiento marcial, y se encaminaron, relajados, a las duchas.

Apenas el agua helada cayó sobre los músculos de Frank, éste pegó un leve respingo. Sus ojos brillaron.

— ¡Ya lo tengo! —dijo, con voz profunda.

Saltó fuera de la ducha, secándose con rapidez... Desde las cabinas inmediatas, los rostros de Lena Tiger y de Kwan Shang asomaron, sorprendidos, mirándole.

— ¿Qué pasa, ahora? —demandó Kwan, vivamente—. ¿Qué es lo que tienes?

—La clave... —murmuró Cole, con cierta excitación en su voz—. Ahora sé lo que, realmente, buscaba *El Amo* al dejarnos libres...

— ¿De veras? —pestañeó Lena, con el agua corriendo por su rostro moreno, por sus carnes prietas *y* firmes, de color canela, que el vidrio cubría hasta el cuello, impidiendo captar su hermosa desnudez, salvo por la sombra que dibujaban sus turgentes curvas en el escarchado del vidrio—. ¿Y qué es ello, Frank?

—El no necesita que ella, Leilah Overton, venga a vernos, a reunirse con nosotros en demanda de ayuda... porque eso *NUNCA* ha sido cierto.

— ¿Eh? —pestañeó Lena—. ¿Qué quieres decir?

—Que Leilah Overton no nos pediría ayuda ni vendría a vernos... a menos que nosotros mismos le diéramos esa ocasión, Y ya se la hemos dado, al hacer público el mensaje.

—Sigo sin entenderte, Frank... Todo eso suena a puro jeroglífico —se quejó Kwan Shang, abandonando, también, la ducha, con gesto de mal humor.

—Es que, realmente, *es un* jeroglífico. *Lo* que realmente sucede, si no estoy equivocado, es que Leilah Overton traicionó a su tío, revelando al *Amo* la parte del mensaje que ella conocía, y que ahora la parte de la fórmula que necesita poseer *El Amo,* es la de otra persona

que no se lo ha revelado todavía.

—Sólo mencionó *dos* partes: la de la chica y la de su tío, el profesor...

—Exacto. ¡Es el profesor Overton quien se ha ocultado de todo el mundo, para que la pequeña dosis de amplificador de ondas mentales que posee *El Amo,* no se vea convertida en un verdadero *stock* capaz de controlar al mundo, gracias a la posesión de la fórmula completa!

—Eso no cambia mucho las cosas, Frank —objetó Lena, moviendo la cabeza—. El profesor no vendrá tampoco, para no facilitar su captura por parte de ese loco...

—Ahí te equivocas. El profesor necesita la ayuda de alguien. Y ese alguien somos nosotros. Aunque haya cambiado su aspecto mediante cirugía plástica, y adopte otra identidad diferente, diametralmente, a la suya verdadera; sabe que *El Amo* es lo bastante poderoso para encontrarle, se halle donde se *halle.* Terminará por venir a nosotros... a menos que seamos nosotros los que vayamos a él, para adelantarnos a nuestro enemigo.

—Pero ni siquiera sabemos dónde encontrarlo. Y él no va a darse a conocer tan fácilmente. —objetó Kwan Shang, enarcando las cejas.

—Veremos —dijo Cole con un suspiro—. Tengo una idea, y espero que sea la que resulte... Vamos a regresar ahora mismo a Los Ángeles, pero adoptando ciertas precauciones...

Capítulo VIII
GOLPE FINAL

La viuda de Richard W. Shavelson contempló con cierta frialdad a su visitante.

—Bien, señor Cole —manifestó—. No acudió usted a la cita que le di entonces. ¿Por qué se presenta, ahora; de improviso?

—Lamento no haberlo podido hacer, pero hubo razones de fuerza mayor que me lo impidieron. Sería muy largo ahora enumerárselas, señora. He venido, aunque tarde, porque deseo saber algo a través de usted.

—Le escucho, señor Cole. Me ha dicho la policía que hay ciertas sospechas sobre malversaciones de fondos en la *Fundación,* y puedo

asegurarle que eso es una indigna calumnia. Ni un solo dólar falta de los fondos. Una comisión financiera se ocupará de comprobarlo, y demandaré a quienes tal especie han vertido...

—Sé que es cierto, señora Shavelson. Alguien ha querido engañarnos en algunos puntos, para desviar las sospechas en otra dirección. Por fortuna, he empezado a ver claro, y ahora quiero aclarar, con usted, ciertas cosas.

— ¿Relacionadas con qué? —preguntó ella, recelosa.

—Con su difunto esposo, señora Shavelson. ¿Podrá responderme a ellas?

—Espero que sí... Siempre que no sea nada que afecte a su memoria...

—Le aseguro que no. Serán, por el contrario, preguntas encaminadas a poner en claro la honestidad en las cuentas de la *Fundación Shavelson,* y la gran obra que con ella donó su esposo al mundo...

—En ese caso, pregunte —suspiró ella—. Le contestaré a todo, señor Cole...

* * *

Frank Cole estaba satisfecho. Al reunirse con Lena Tiger y Kwan Shang, les dijo que sólo quedaba algo por hacer, y sería lo antes posible.

Muchas personas se hubieran sorprendido al ver a Kwan Shang convertido en un chino de aspecto laborioso, como había tantos en el Barrio Chino, con las ropas tradicionales de su país, y unas gruesas gafas de miope. Y a Lena, transformada en una fulana callejera, de provocativas curvas, falda ceñida a sus nalgas y suéter ajustado, que marcaba agresivamente sus bien formados senos, sin prenda alguna que disimulara la firmeza de sus curvas, bajo la delgada tela de su vestido. Mascaba chicle y caminaba, provocativa, como cualquier ramera de baja estofa.

Habían llegado a Los Ángeles por caminos diversos, separados unos de otros, y Frank Cole era el único que mantenía su aspecto físico habitual. Su encuentro con ambos, fue en un tugurio miserable del Barrio Chino de Los Ángeles, rodeados de la peor gentuza del lugar, que ya era decir.

—Ahora, os iréis delante de mí, y os situaréis en la dirección indicada —explicó Cole—. Allí, con toda seguridad, encontraremos lo que buscamos, o yo estoy muy equivocado en mis cálculos. No hagáis nada, hasta que yo os avise. Por supuesto, id cada cual por un lado, y como si no os conocierais. Hasta más tarde, amigos.

Se separaron, de uno en uno. Momentos después de quedarse

solo ante una cerveza que no probó, Frank abandonó el cafetucho.

No tardó en llegar adonde tenía previsto. Era una residencia ajardinada, un pequeño *bungalow* en el camino hacia Long Beach. Observó, de soslayo, que Kwan Shang y Lena Tiger montaban guardia. Ella, fingiendo esperar *clientela* cerca de un parador de carretera. Kwan, portando una bandeja de pasteles.

Golpeó en la puerta, suavemente. Esta se abrió. Apareció un hombre afable, de cabello gris y gafas de montura de concha. Le miró fijamente.

— ¿Doctor Nyland Powers? —preguntó Cole.

—Sí, yo mismo —asintió el otro—. ¿Desea algo?

—Sí. Verle, doctor.

—Bueno, verá. Yo no ejerzo actualmente. Estoy de vacaciones, aquí y…

—Aun así, deseo hablarle —sonrió Cole—. Es muy importante.

El hombre miró al exterior, preocupado. Luego, se hizo a un lado.

—Bien —dijo—. Entre, por favor. Pero sea breve. ¿Su nombre…?

—Cole. Frank Cole. Uno de los *Tres Dragones de Oro.*

Palideció, súbitamente, el doctor Powers, y mostróse nervioso, tratando de que su visitante volviera a salir.

—Por favor, márchese —pidió—. Usted, sin duda, está en un error y…

—No, doctor Powers. No estoy en ningún error. Me ha contado la señora Shavelson que fue usted el médico de su esposo durante los últimos tiempos. Y, sin embargo, no figura ningún doctor Nyland Powers en el Colegio Médico de California, ¿no es ello cierto?

—Dios mío, admito que practico sin licencia, pero no me denuncie por ello… —rogó amargamente el ocupante del *bungalow*

—No, doctor Powers. Usted no ejerce sin licencia. Porque nunca ejerció como tal médico. Se limitó a ser, solamente, el supuesto médico de Richard W. Shavelson, cuando éste regresó de un viaje por Europa. Precisamente fue usted un médico muy bien aceptado, porque no sólo curó al señor Shavelson de una rebelde úlcera gástrica, sino que el carácter de éste cambió de tal modo, que ya no parecía el mismo. Se hizo generoso, noble, desprendido, y hasta creó la *Fundación* que lleva su nombre, para ayudar a científicos y artistas. La señora Shavelson también dejó de ser la amargada esposa que era, para sentirse feliz junto a su esposo a partir de ese momento. Todo eso le granjeó el afecto de los Shavelson, doctor Powers… Por cierto, no le vi en el funeral.

—No me gusta acudir a ellos. No da buena suerte —musitó el doctor Powers, con un hilo de voz.

—Ya —Cole le estudió con calma—. ¿Cree que puede seguir

engañándome? No acudió porque no quiere dejarse ver. Procura vivir siempre oculto... *PROFESOR OVERTON.*

El otro se tambaleó, apoyándose en un muro. Sus ojos brillaron, angustiados, y miró con repentino terror a su visitante.

—No... no entiendo... —jadeó—. No sé qué significa...

—Profesor, he venido a usted, antes de que sea tarde. Sé que su sobrina le traicionó, uniéndose a ese hombre, *El Amo,* que ahora posee la mitad de su fórmula y la única porción existente del catalizador de energía mental a distancia... Usted no sabía ya a quién recurrir para sentirse ayudado y protegido, pero sin duda leyó los diarios y vio en televisión el anuncio publicado, ¿no es cierto? De modo que acudiría gustoso a nosotros, pero no lo haría a causa de ese mismo aviso. Sin embargo, *El Amo* sabía que yo Haría, entonces, algo por mi cuenta: buscarle a usted. Y que le encontraría...

—Pero..., pero eso significaría... entregarme a él, atado de pies y manos. Sólo si estoy muerto puedo salvar al mundo de ese loco fanático y ambicioso de poder... Vivo, logrará someterme a drogas que me hagan revelarle el secreto completo de mi fórmula. Leilah, mi sobrina, le ayudará en ello...

—Lo sé. Pero no tema nada —sonrió Cole—. Mis amigos están, aquí, conmigo, para protegerle...

Abrió la puerta del *bungalow.* Kwan Shang y Lena, en su actual y extraño atavío, estaban ya allí" sonrientes, cubriendo la salida.

— ¿Lo ve? —dijo Cole—. Ellos están aquí. Kwan, Lena, éste es el profesor Overton. Ya hemos dado con él. Y vamos a ponerle definitivamente a salvo...

—No, Frank —dijo fríamente Lena, sacando una pistola automática de su bolso—. No vamos a ir a ninguna parte con él. *El Amo* está en camino. Ya es nuestro.

Kwan Shang rió, asintiendo, y empuñó también un arma, encañonando a Frank Cole, resueltamente. El profesor Overton exhaló un gemido de terror.

— ¡No son ellos! —sollozó—. ¡Le han engañado!

—Sí, son ellos —asintió Cele, mirando a sus dos camaradas—. Son ellos, profesor: Lena Tiger y Kwan Shang... que se han puesto contra mí.

* * *

Habían entrado en la vivienda de la carretera.

Las armas automáticas mantenían bajo su amenaza a los dos. Frank Cole y el profesor Overton eran prisioneros de Kwan y. de Lena. Dos *Dragones de Oro* habían traicionado al tercero.

—Creí que ustedes eran diferentes a los demás —se quejó el

profesor, con amargura—. Veo que el dinero puede corromperlo todo. Y él tiene tanto…

—No, profesor. No todo se compra con dinero. Mis camaradas jamás hubieran hecho esto por soborno —negó Cole.

— ¿Por qué lo hacen, entonces?

— ¿No lo entiende? Usted debería ser el primero en darse cuenta de ello: desde que fuimos liberados los tres, la carta oculta del triunfo del *Amo* estaba metida en mis propias bazas: era una carta marcada. Ellos dos, mis mejores amigos, aquellos de quienes jamás desconfiaría yo… iban a traicionarme. ¿Y por qué?

—No me diga usted que él…

—Sí, profesor. Él lo hizo. Nos liberó. Pero sólo yo estaba realmente liberado. Al menos, mentalmente. Ellos no lo estaban. Sus mentes eran dirigidas por su maldito control a distancia. Llegado el momento, recibiría la información precisa, y les haría actuar a su conveniencia.

—Y ese momento ha llegado —rió Lena, burlonamente, mirando con boca abierta a medias, agresiva y desafiante—. Lo siento, Frank, querido. Esto es lo que esperábamos que hicieras.

—Y lo hiciste —dijo Kwan Shang, irónico.

El profesor Overton se encogió, amedrentado, comprendiendo que el desastre había llegado. Fuera, un automóvil se detuvo ante la casa. Era una furgoneta oscura. De ella bajaron algunas personas. Kwan abrió la puerta, dócilmente. A su dado, majestuoso en su indumentaria negra y su capa, apareció *El Amo.* Le rodeaban tres de sus hombres de escolta, armados.

—Perfecto, muchachos —rió la voz metálica, mientras sus ojos centelleantes se fijaban en el profesor, tras haber resbalado indiferentes sobre Kwan y Lena—. Lo hicisteis todo como esperaba. Os felicito de corazón. Todo fue perfecto.

Soltó una carcajada agria, y se acercó a Overton, que estaba mortalmente pálido. Le contempló, despectivo.

—No sirvió de nada jugar al escondite tanto tiempo, profesor —dijo, sibilante—. El juego ha terminado para usted. Leilah y yo le esperamos…

Fue a tomarle por un brazo. Sus hombres se aproximaron para rodear las muñecas del científico con unas fuertes esposas.

Entonces ocurrió todo.

Lena Tiger y Kwan Shang soltaron sus armas automáticas. Su aspecto frío y hermético de poco antes, se volvió, ahora, cálido y elástico. Como dos felinos, cayeron sobre los guardianes armados.

Cole, por su parte, se precipitó sobre *El Amo,* que lanzó un grito ronco de sorpresa.

— ¿Qué significa…? —aulló.

Cole no le dejó terminar. Un seco impacto suyo en *Me-Jeri-Jodan,* le abatió, sin remedio, a sus pies. Mientras tanto, ya Lena y Kwan derribaban a los hombres armados con sorprendente facilidad.

Perplejo, el profesor Overton vio suceder todo aquello ante sus ojos, en décimas de segundo, sin llegar a entender nada de cuanto contemplaba.

—Ya está —suspiró Cole, cerrando, ahora, las pulseras de acero en torno a las muñecas del vencido *Amo*—. Se acabó su soñado imperio. Ahora, sabremos dónde tiene su refugio... y todo lo demás. El también hablará, no lo dude, profesor. Y usted estará libre de problemas el resto de su vida...

—Dios mío, ¿cómo lo hicieron? —miró a Kwan y Lena, aturdido —. Si ellos estaban dominados mentalmente...

—Lo estuvieron —dijo Cole—. Lo advertí en San Francisco. Y recurrí a bloquear su mente del control externo. Tengo, allí, un buen amigo, experto en temas mentales. Sin ellos saberlo, le expliqué el caso y, cuando emprendimos el regreso a Los Ángeles, se puso en práctica el intento de bloqueo. Resultó, y Kwan y Lena quedaron libres, aunque fingiendo aún sentirse sometidos al control remoto, al que fingían obedecer y al que informaban. Su mente, sin embargo, se mantenía lúcida, y obraban fingiendo estar sometidos al *Amo.* Así le obligaron a venir a él, cuando yo adiviné la verdad de los hechos y le busqué a usted.

— ¿Usted... usted sabía que él es...?

— ¿Richard W. Shavelson? —Cole asintió, tirando de la materia plástica de la máscara del caído… que, al desprenderse, dejó ver *EL MISMO ROSTRO* de la careta moldeable—. Sí, lo sabía.

—Y que el muerto era...

—El pobre Howard Shavelson. Su hermano noble, digno y bueno. Richard planeó con él esa suplantación, alegando motivos financieros. Por eso usted parecía haber curado su úlcera. Howard jamás tuvo ninguna. Por eso cambió tanto, por eso creó la *Fundación,* mientras su hermano, enloquecido por la sed de poder, utilizaba su fortuna en su delirante sueño de poder, fingiendo que era la *Fundación* la que utilizaba los fondos en tal tarea. La esposa de Shavelson debía ignorar el hecho, pero creo que siempre lo supo, y su odio hacia el verdadero marido se tornó amor hacia Howard, al que realmente amó siempre... Richard, entonces, resolvió matar a su hermano, para terminar, así, con su propia personalidad anterior, y ser solamente *El Amo del Mundo...* Además, Howard iba a descubrir ciertas cosas ya, y hubiese dado al traste con los planes de ese maníaco... Lo cierto es que tardé en comprender que los dos hermanos Shavelson eran gemelos. E idénticos. Cuando supe eso, lo demás era ya sencillo, profesor... Ahora, nos llevamos al fracasado *Amo del Mundo.* El ya no dominará,

jamás, el mundo. .

Y sonrió a Lena y a Kwan, que se ocupaban ya en telefonear a la policía de Los Ángeles...

F I N





¡KIAI

HEROES DE LAS ARTES MARCIAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A
en su nueva Serie titulada

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de
puñado de esforzados personajes que
puesto sus conocimientos en ARTES M
CIALES al servicio del BIEN y de la JU
CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exte
de la fuerza vital que todo hombre po
y que los BUDOKAS han sabido poten
hasta límites asombrosos, como un
más, alcanzado en el transcurso del d
camino emprendido en pos de la per
ción, tanto física como moral.



**APARICION SEMANAL. ASEGURE
RESERVA DE SU EJEMPLAR.**

EDITORIAL BRUGUERA, S
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Esp

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PT

Impreso en Esp